

Salvador Carranza
Miguel Cavada Diez
Jon Sobrino

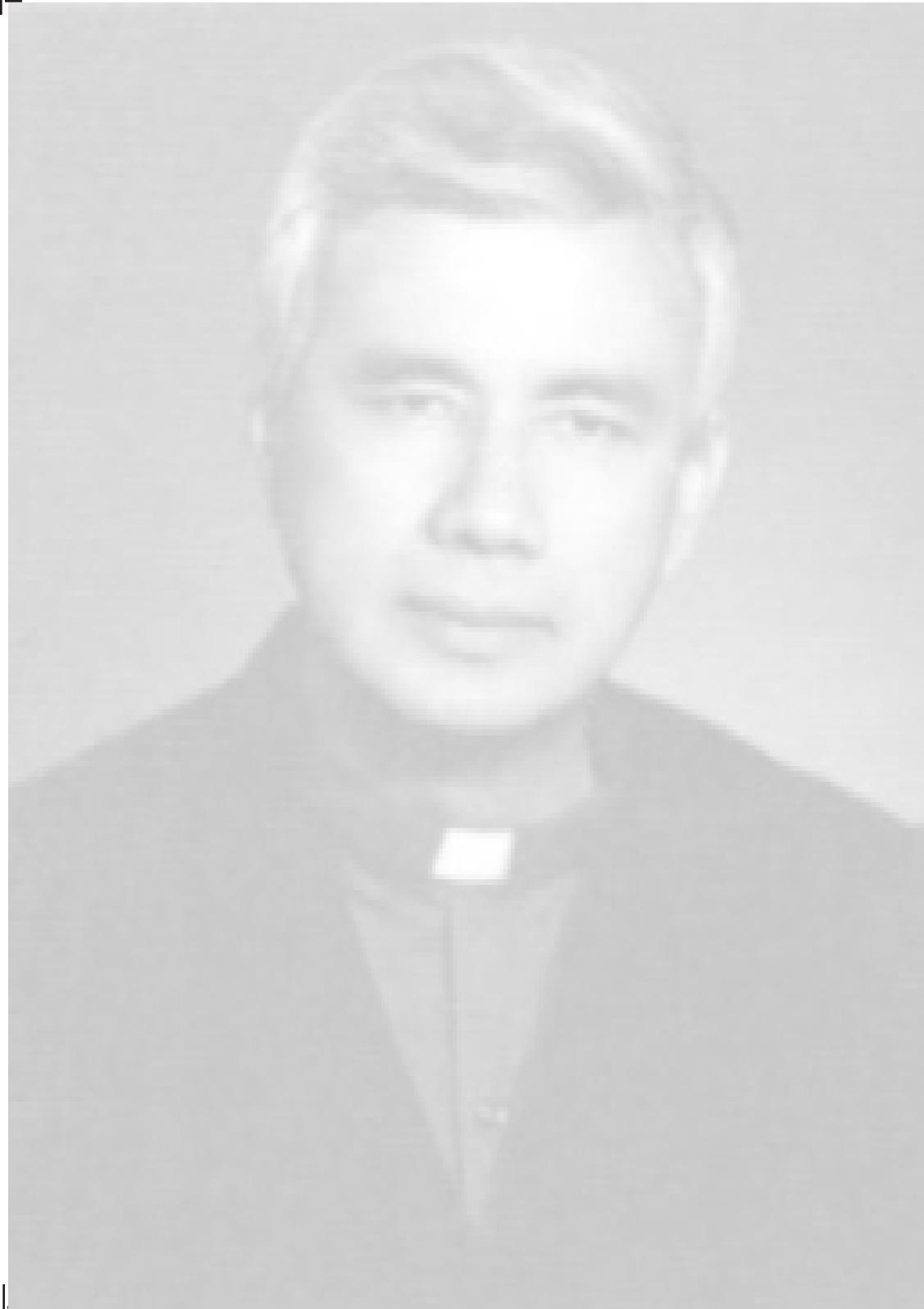
**XXV Aniversario de
Rutilio Grande.
Sus homilías**

10

Edita: Centro Monseñor Romero
Universidad Centroamericana José Siméon Cañas
Apdo. Postal 01-168, San Salvador, El Salvador, C.A.
Impreso en Talleres Gráficos UCA, marzo de 2002

ÍNDICE

Presentación.....	5
Rutilio Grande visto por Oscar Romero <i>Miguel Cavada Diez</i>	7
Las Homilías de Rutilio. Una voz que grita en el desierto <i>Miguel Cavada Diez</i>	15
Rutilio Grande. Interpelación a la Iglesia <i>Jon Sobrino</i>	25
Introducción a la homilía del 6 de agosto de 1970 <i>Salvador Carranza</i>	37
Homilía del 6 de agosto.....	39
Introducción a las homilías del Festival del Maíz y de Apopa <i>Salvador Carranza</i>	51
Homilía en el tercer Festival del Maíz.....	57
Homilía de Apopa.....	73



Presentación

El 12 de marzo de 1977 fue asesinado Rutilio Grande. Tenía 49 años. Fue salvadoreño, por nacimiento y por vocación, digamos, al dejar que su vida y su actividad, estuviesen guiada por su amor al pueblo de El Salvador. Fue jesuita, sacerdote, párroco. Limitado como todos, fue valiente y audaz cuando se trataba de defender al pobre y al Evangelio, aquello que Dios había unido, pero que tantas veces tratamos de separar.

En la última etapa de su vida le tocó vivir el milagro del cambio más radical y más cristiano de la Iglesia durante mucho siglos. Juan XXIII, Pablo VI y Vaticano II, con la revolución de que la Iglesia debe servir al mundo, y no al revés (1962-1965), Medellín (1968) con la revolución de la opción por los pobres y la Iglesia de los pobres, la Congregación General XXXII de los jesuitas (1974-1975), con la revolución de que la misión del jesuita es el servicio de la fe y la promoción de la justicia.

Rutilio lo vivió con total entrega y convicción. Y eso lo llevó al martirio. Fue el primer sacerdote asesinado en el país –el primogénito entre 17 sacerdotes. Y murió asesinado junto con su fiel acompañante, Manuel Solórzano, de 72 años, y con el niño Nelson Rutilio Lemus, de apenas 15 años. Su martirio es un símbolo de lo que fue aquella nueva Iglesia, tan salvadoreña entonces, parecida a Jesús y perseguida; y un símbolo de todo un pueblo, de pobres y campesinos que iban a trabajar y a derramar mucha sangre con mucho amor para conseguir justicia, vida y fraternidad.

* * *

Han pasado veinticinco años desde aquel 12 de marzo de 1977. Celebrarlo es un deber de gratitud, pues Rutilio, y todos los mártires, nos mostraron un gran amor. Y es una necesidad. Lo es para el país, para que, de una vez, se fundamente en valores salvadoreños, populares y justos. Y lo es para la iglesia, para que vuelva a retomar el camino del concilio y de Medellín, en definitiva el camino de Jesús, difuminado hoy en día.

Parte importante de esa celebración es recordar a Rutilio. Para ello bien se puede leer el libro del Padre Rodolfo Cardenal, “Historia de una esperanza. Vida de Rutilio Grande”, que se está reeditando. O este cuaderno, más modesto, en que recogemos sólo un aspecto de Rutilio: sus homilías. No hace falta introducirlas ahora. Baste decir, que son homilías proféticas, palabra dicha en nombre de Dios y en nombre del pueblo. De ahí su fuerza inigualable.

* * *

El cuaderno está dividido en dos partes. En la primera Miguel Cavada y Jon Sobrino introducen brevemente a la persona y a las homilías de Rutilio. En la segunda se publican íntegras las tres homilías más importantes que se conservan: la del 6 de agosto de 1970, la del 15 de agosto de 1976 y la del 13 de febrero de 1977. Van acompañadas de introducciones que explican el contexto social y eclesial. Están escritas por Salvador Carranza, sacerdote jesuita, que fue compañero de Rutilio en Aguilares de 1972 a 1977.

La longitud de este cuaderno es modesta, pero su finalidad es audaz: ayudar a revivir entre nosotros profetas como Rutilio que nos hablen de Dios y defiendan al pobre. Como decíamos antes, es una necesidad en la iglesia actual. Con todo lo nuevo que haya que asumir y con las cosas obsoletas que haya que cambiar, Rutilio no es cosa del pasado.

En el país y en la Iglesia no tenemos nada mejor que los mártires. Ahora recordamos a uno de los más entrañables: Rutilio Grande.

San Salvador, marzo 2002

Rutilio Grande

visto por Oscar Romero

Miguel Cavada Diez

Rutilio Grande nació el 5 de julio de 1928. Fue asesinado camino de El Paisnal, su pueblo natal, el 12 de marzo de 1977, junto con el joven Nelson Rutilio Lemus y el anciano Manuel Solórzano. Tenía entonces 49 años.

Al celebrar el XXV aniversario de su martirio queremos comenzar ofreciendo una breve semblanza de su persona. Durante sus últimos años Rutilio estuvo muy cercano a Monseñor Romero, y éste, en sus homilías, habló con frecuencia de él. Por eso se nos ocurre que sea Monseñor Romero quien haga la presentación de Rutilio. ¡Quién mejor que él para hacerlo!

“Lo siento como un hermano”

En la misa de funeral Monseñor Romero comenzó la homilía con estas palabras:

“Si fuera un funeral sencillo hablaría aquí, queridos hermanos, de unas relaciones humanas y personales con el Padre Rutilio Grande, a quien siento como un hermano. En momentos muy culminantes de mi vida, él estuvo muy cerca de mí y esos gestos jamás se olvidan” (14 de marzo de 1977).

En efecto, las vidas de Oscar Romero y de Rutilio Grande fueron muy cercanas. Se encontraron y cruzaron en 1967, como nos recuerda Salvador Carranza

en su obra “Romero-Rutilio, vidas encontradas”. Romero venía de San Miguel, donde había ejercido el trabajo pastoral durante veinte años, y fue trasladado a San Salvador para ocupar el puesto de secretario de la Conferencia Episcopal. Rutilio Grande era por aquel entonces formador en el Seminario San José de la Montaña. Romero se quedó a vivir en el Seminario, y allí comenzó la amistad con Rutilio, una amistad tan fuerte que le llevó a reconocerlo no sólo como un amigo, sino como un hermano.

La fecha, 1967, fue también importante, y no sólo para Rutilio y Romero, sino para la Iglesia y el continente latinoamericano. Un año después, en 1968, tuvo lugar la Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Medellín, que marcó el inicio de la conversión de la Iglesia latinoamericana. Era época de cambios profundos en la Iglesia: la opción por los pobres. Pues bien, en ese contexto eclesial y latinoamericano de primera magnitud llegan a conocerse Rutilio y Romero.

Es bien sabido que, en un comienzo, Medellín no fue asimilado por igual por Oscar Romero y por Rutilio Grande. Sabemos que a



Monseñor Luis Chávez y González, Monseñor Arturo Rivera Damas, atrás, Monseñor Oscar Arnulfo Romero, y P. Rutilio Grande, al frente.

Monseñor Romero le costó aceptar los cambios y opciones de la Iglesia planteados en Medellín. Para Rutilio Grande, por el contrario, supusieron el cumplimiento de un anhelo y un reto personal. De hecho, pocos años más tarde Rutilio fue a estudiar al IPLA, en Ecuador, para actualizar la pastoral de acuerdo a las nuevas opciones de Medellín. Romero no respiraba en esa línea, pero ello no ensombreció su amistad.

Prueba de ello es que Monseñor pidió a Rutilio Grande que fuera el maestro de ceremonias en su consagración episcopal el 21 de junio de 1970. Es cierto, pues, que Rutilio estuvo cercano a Monseñor en momentos culminantes de su vida. La

consagración episcopal fue uno de esos momentos, y tuvo un significado mucho mayor de lo que ambos pudieron captar aquel 21 de junio, como ha quedado plasmado en una fotografía de la ceremonia que ha hecho historia.

En ella aparece Monseñor Romero flanqueado por Monseñor Chávez y González y Monseñor Rivera. Entre los tres arzobispos cubrieron más de cincuenta años de historia –de 1938 a 1994– y condujeron a la Iglesia salvadoreña por los caminos del evangelio. Y junto a ellos, acompañándolos, está Rutilio, el primer sacerdote que iba a morir asesinado. Con su muerte marcó y selló el compromiso y la opción de la Iglesia arquidiocesana con los pobres. Esa fotografía bien puede presidir todavía hoy cualquier celebración de la Iglesia arquidiocesana, como recordatorio de cómo y cuándo se hizo evangélica y salvadoreña.

“Aquel corazón bueno”

Ya hemos dicho que Monseñor hablaba con frecuencia de Rutilio. En una homilía que tuvo en El Paisnal un año después del asesinato hizo un pequeño bosquejo del nacimiento y de la vocación de Rutilio Grande. Y como era habitual en Monseñor, desarrolló el tema comparándolo con historias de la Biblia:

“Aquí también, en un hogar, en un pueblito como el de Belén de Judea, nace Rutilio Grande con las señales de un predilecto, de un elegido por Dios en su mismo pueblo, y viene Dios y lo unge como a David. Y podemos decir que desde aquel día el Espíritu de Yahvé posaba sobre él, como dice la Biblia del jovencito David. Rutilio es aquel hombre que llevó de aquí el amor a su pueblo. Aquel hombre que vivió este paisaje que estamos viviendo en este momento, aquel hombre que como los niños de hoy, de El Paisnal, sintió lo polvoriento de estas calles, lo triste de esa pobreza, las dificultades de vivir en un pueblecito apartado y, sin embargo, también la riqueza moral de nuestro pueblo, la riqueza de ese hombre, donde él aprendió a rezar, donde él aprendió a ver a Dios y amar al prójimo, donde Monseñor Chávez y González en una visita pastoral lo encuentra entre los muchachitos de la catequesis y le pregunta: “¿quieres ser sacerdote?”. Y se lo lleva para el seminario” (5 de marzo de 1978).

El Paisnal, como Belén, es un pueblo pequeño, y Monseñor Romero se re-crea en ver que ahí, no en la grandeza, crece todo lo bueno, con sencillez. Que de ahí viene la salvación. Y como está hablando en El Paisnal pone a Rutilio como ejemplo de lo que es la verdadera grandeza. No consiste la grandeza del hombre en ir a la ciudad, en tener dinero y poder, en acumular privilegios, en ser alguien

“importante”. La grandeza de la persona consiste en ser más humano. ¿Y en qué consiste ser más humano? Para explicarlo, Monseñor Romero nos ofrece la vida de Rutilio: amar al pueblo pobre.

“Y para que vean, hermanos, la grandeza del hombre no es ir a la gran ciudad, no es el tener títulos, riquezas, dinero; la grandeza del hombre está en ser más humano. Por eso, cuando Rutilio llega a la plenitud de la humanidad suya, lo encontramos de vuelta para El Paisnal. En vísperas de un día de la fiesta patronal del pueblito viene para acá, con el cariño del hombre que ha crecido en su corazón, pasando por universidades y por libros y estudios. Aquel hombre ha comprendido que la verdadera grandeza donde lo ha conducido toda su inteligencia, su vocación, todo, no está en haberse ido de aquí para ser más rico en otro pueblo, sino en volver a su pueblo, amando a los suyos. Esto es la verdadera grandeza” (5 de marzo de 1978).



Estas cruces se encuentran en el sitio en que fueron asesinados Don Manuel Solórzano, Rutilio Grande y Nelson Rutilio Lemus.

Y cerca de El Paisnal, en Aguilares, a donde fue Monseñor a consolar al pueblo tras un mes de ocupación militar que dejó numerosos asesinatos y desmanes, dijo estas palabras para resumir quién fue Rutilio: “aquel corazón bueno que recordamos con cariño: el Padre Grande y sus colaboradores” (19 de junio de 1977).

“Una antorcha en lo alto”

En la homilía que acabamos de citar, Monseñor Romero hace referencia a un hecho muy importante en la vida de Rutilio Grande. El 24 de septiembre de 1972 Rutilio se hizo cargo de la Parroquia de Aguilares. Allí, junto con un equipo de compañeros emprendió una experiencia de pastoral rural en la que Rutilio empezó a hacer realidad lo que Medellín dice en sus documentos: una Iglesia comprometida con los pobres, los campesinos y campesinas de Aguilares.

Monseñor Romero señala que la experiencia de evangelización en Aguilares es una “antorcha en lo alto” (19 de junio de 1977), un ejemplo a seguir. De hecho, con su palabra y gestos proféticos Oscar Romero llegó a hacer de toda la arquidiócesis una antorcha que iluminó, inspiró y dio esperanza a muchas personas. Pero Rutilio ya había comenzado, y Monseñor calificó la novedosa experiencia pastoral como “un movimiento atrevido de un evangelio más comprometido”:

“Hermanos, quiero agregar una palabra de ánimo y de orientación: mucho ánimo, no decaiga vuestro espíritu. Aguilares, en la arquidiócesis de San Salvador, tiene ya un significado muy singular, desde que cae abatido por las balas el Padre Grande, con sus dos queridos campesinos... Hermanos, porque yo creo que hemos mutilado mucho el evangelio. Hemos tratado de vivir un evangelio muy cómodo, sin entregar nuestra vida. Solamente de piedad. Pero he aquí que en Aguilares se inicia un movimiento atrevido de un evangelio más comprometido” (19 de junio de 1977).

“Un peregrino campesino, hermano entre los pobres”

En la homilía del primer aniversario de su asesinato, Monseñor Romero nos presenta a Rutilio como un campesino que camina entre campesinos, hermano de los pobres. ¡Qué mejor título y honor que éste: hermano de los pobres! Monseñor Romero comprendió a fondo la vida de Rutilio Grande, y por eso le salió de sus labios este hermoso título. No podía ser menos.

El texto que sigue es extenso, pero es muy importante porque habla de la opción más profunda de Rutilio Grande: la opción por los pobres. Rutilio fue seguidor de Jesús, nos dice Monseñor Romero, pero de un Jesús “vivido en el pueblo”:

“Aquí están compañeros del Padre Grande que conocieron a fondo aquella alma religiosa que, empapada del espíritu de San Ignacio de Loyola, sabe preguntarse ante el Cristo crucificado que ha muerto por mí: ¿qué he hecho por Cristo? ¿qué hago por Cristo? ¿qué debo hacer por Cristo? Y me parece que la vida de este religioso cristiano es precisamente la respuesta a estas preguntas: ¿qué debo hacer por Cristo? Así se explica una inspiración de una vida consagrada a Dios que lo ha hecho incansable por esos caminos polvorientos, con su alforja, como un peregrino campesino, llegar a las casitas humildes y sentirse hermano entre los pobres. Entre los campesinos sentirse el hombre más encarnado porque llevaba a Cristo en su corazón como buen jesuita, a vivir y a sentir a Cristo... que no se aprende únicamente en el retiro espiritual sino conviviendo aquí donde Cristo es carne que sufre, aquí donde Cristo es cosa, donde Cristo es persecución, donde Cristo es hombres que duermen en el campo porque no pueden dormir en su casa, donde Cristo es enfermedad que sufre por consecuencia de tantas intemperies y de tantos sufrimientos, aquí es Cristo con su cruz auestas, no meditado en una capilla junto al viacrucis, sino vivido en el pueblo, es Cristo con su cruz camino del Calvario. Este es el Cristo que se encarnó en este religioso, en este jesuita seguidor de Jesús” (5 de marzo de 1978).

“Nuestro primer mártir”

Finalmente, Monseñor Romero nos presenta a Rutilio Grande como “nuestro primer mártir” (9 de marzo de 1980). “Su tumba es gloria de la Iglesia” (5 de marzo de 1978). No es fácil que la jerarquía de la Iglesia reconozca como mártir a un sacerdote asesinado. La prudencia y los cánones pueden más que la evidencia de los hechos. Pero no fue así con Monseñor. Monseñor Romero nos sorprendió a todos cuando de forma clara y natural dijo que Rutilio Grande es un mártir porque murió como murió Jesús por defender la vida de los pobres.

Monseñor Romero se dejó cuestionar e impactar por Rutilio Grande cuando lo vio “ungido con el aceite del martirio, con su propia sangre, como me pareció aquella noche cuando lo vi en la iglesia de Aguilares, tendido, muerto” (5 de marzo de 1978). Y no se le pasó por alto que junto a Rutilio Grande también fueron asesinados dos campesinos que lo acompañaban: Manuel Solórzano y Nelson Rutilio

Lemus. Monseñor habla del hecho como un símbolo de gran significado. Rutilio Grande no muere sólo, muere junto a dos campesinos. De este modo, la muerte de Rutilio Grande es el símbolo de una Iglesia que opta por los pobres.

“El amor verdadero es el que trae a Rutilio Grande en su muerte con dos campesinos de la mano. Así ama la Iglesia, muere con ellos y con ellos se presenta a la trascendencia del cielo. Los ama y es significativo que mientras el Padre Grande caminaba hacia su pueblo a llevar el mensaje de la misa y de la salvación, allí fue donde cayó acribillado. Un sacerdote con sus campesinos, camino a su pueblo para identificarse con ellos, para vivir con ellos, no una inspiración revolucionaria, sino una inspiración de amor” (14 de marzo de 1977).

En los días anteriores al primer aniversario del asesinato de Rutilio Grande, Monseñor Romero nos dice que tenemos “la obligación” de recordar a los mártires:

“Tenemos, hermanos, la obligación de recoger el recuerdo de nuestros queridos colaboradores, y, si han muerto bajo un signo martirial, recoger también su ejemplo de entereza, de valor, para que esa voz que quisieron



El P. Grande cae abatido por las balas sobre el timón, Don Manuel sobre la espalda del P. Grade y Nelson Rutilio cae abatido sobre la puerta del jeep.

acallar con la violencia no se muera, sino que siga siendo el grito de Jesucristo: No teman a los que sólo pueden matar el cuerpo, pero dejan vibrando la palabra y el mensaje eterno del evangelio” (26 de febrero de 1978).

Y lo cumplía. Monseñor siempre recordaba a Rutilio Grande cada año al aproximarse la fecha del aniversario, como se puede ver en las homilías del 5 de marzo de 1978, 11 de marzo de 1979, 16 de marzo de 1980 y –con profundo simbolismo– en la última homilía de Monseñor Romero en catedral el 23 de marzo de 1980 la víspera de su propio martirio. En esa ocasión Monseñor Romero hace referencia al tercer aniversario y nos dice que, cuando se quiere ser fiel a Jesús, se encuentra “lo que el Padre Grande encontró”, la persecución y el martirio. Un día después fue él mismo quien caía abatido por las balas precisamente por la misma causa por la que mataron a Rutilio Grande, por fidelidad a Jesús y al pueblo pobre.

“Su memoria es esperanza para nuestro pueblo” (5 de marzo de 1978), dice Monseñor Romero al concluir la homilía del primer aniversario de Rutilio. Sin duda lo fue para él. La vida y testimonio de Rutilio Grande inspiró y animó a Monseñor Romero. En varias ocasiones en las homilías agradeció a Rutilio Grande su testimonio y animó al pueblo a seguir su testimonio.

Rutilio Grande, el hermano de Monseñor Romero y hermano de los pobres, un corazón bueno, una antorcha en lo alto, nuestro primer mártir. Esta es la presentación que de Rutilio Grande nos dejó Monseñor Romero.

Las homilías de Rutilio

Una voz que grita en el desierto

Miguel Cavada Diez

Cuando leer la Biblia era un riesgo

Hoy en El Salvador se lee la Biblia quizá más que nunca. La palabra de Dios se transmite a través de los periódicos, de las radios y hasta de algunos canales de televisión. Cientos de personas leen a diario la Biblia y abundan los predicadores que comentan todos los días su mensaje. Misioneros de las diversas Iglesias tocan a las puertas para llevar el mensaje bíblico al pueblo. Estamos bien servidos de la palabra de Dios. Sin embargo, a pesar de que esto podría ser motivo de alegría, es motivo de preocupación. Nos explicamos.

Hoy abundan las predicaciones de la Biblia, pero algo falla y se trata de algo esencial: se lee y se habla de la palabra de Dios pero “no se toca la realidad”, no se iluminan los problemas cotidianos que afligen a la gente. Como el sacerdote y el levita de la parábola, “damos un rodeo” para evitar al herido. Tenemos la Biblia tan pegada a nuestros ojos que no vemos, o no queremos ver, lo que sucede a nuestro alrededor. Nos negamos a aceptar que en el suelo está postrado el pueblo. Monseñor Romero calificó a ciertas predicaciones de su tiempo con estos calificativos: “predicación desencarnada, espiritualista, a veces hasta embustera y mentirosa” (16 de julio de 1978). Lo mismo podemos decir de la mayoría de las predicaciones de hoy: son mensajes espiritualistas, que se quedan en las nubes y, cuando aterrizan,

lo hacen para caer en un moralismo trasnochado y conservador. Pero nada de esto es casual. Si se impone este nuevo estilo de predicación es porque interesa echar tierra sobre la verdad.

Hace 25 años no era así. Llevar una Biblia debajo del brazo podía costar la vida. De hecho, hubo campesinos y campesinas asesinados por los cuerpos de seguridad por el simple hecho de llevar la Biblia. No cualquier Biblia, sino la Biblia latinoamericana. Y no en cualquier circunstancia, sino en el campo y en los suburbios de la ciudad, es decir, allí donde los pobres se reunían y organizaban su fe en comunidades cristianas y donde se leía la Biblia conectada con la realidad.

Biblia y concientización en Aguilares

Aguilares es uno de esos lugares donde se inició lo que Monseñor Romero llamó “un movimiento atrevido de un evangelio más comprometido” (19 de junio de 1977). Allí Rutilio Grande, en equipo con otros sacerdotes, estudiantes y sobre todo líderes campesinos y campesinas, puso en marcha una pastoral liberadora.



Al centro el P. Rutilio Grande el día de su ordenación

Lo central de esta pastoral es que hace de la campesina y del campesino personas adultas, críticas, capaces de dirigir su propio destino a través de la organización. En Aguilares, miles de campesinas y campesinos botaron la venda de la sumisión y de la ignorancia a la que habían sido sometidos, y se despertó en ellas y ellos todo el ingenio, inteligencia y capacidades que estaban allí escondidas, oprimidas, atrapadas. Rutilio Grande no hizo otra cosa que liberar estas mentes y despertar la conciencia. A partir de ahí, el pueblo comenzó a caminar, a organizarse, a exigir por sí mismo, a plantear su derechos y también sus sueños, a luchar por su vida y dignidad.

Los campesinos y campesinas antes, o quizá al tiempo, que se tomaban las tierras, se tomaron las conciencias, sus propias conciencias, que antes estaban ocupadas por pensamientos extraños, ajenos. Expulsaron esos pensamientos y comenzaron a pensar con sus propias palabras y a partir de su propia realidad. En esos momentos se estaba produciendo una verdadera revolución silenciosa, que más tarde daría paso a una revolución social sin precedentes: la organización de campesinas y campesinos adquirió tanta fuerza en cantidad y calidad como nunca en la historia de nuestro país.

La predicación de la Palabra de Dios

En esta toma de conciencia jugó un papel muy importante la lectura de la Biblia y la predicación de personas como Rutilio Grande. ¿Qué produjo entonces la predicación de aquel tiempo, en la década de los setenta? No precisamente personas piadosas y expertas en Biblia. Lo que produjo fueron personas adultas, con espíritu, que se organizaron para luchar por la vida, para hacer realidad la buena noticia de la liberación.

No son muchas las homilías que se conservan de Rutilio Grande, pero basta con las tres homilías que se publican en este libro. Son el mejor ejemplo de lo que llamamos la verdadera predicación del evangelio. Podríamos leer otra vez esas homilías con esta pregunta en la cabeza: ¿en qué consiste la verdadera predicación cristiana?

En otras ocasiones se ha hecho un paralelismo entre la relación de Juan Bautista y Jesús, y la relación de Rutilio Grande y Oscar Romero, de tal manera que se presenta a Rutilio como el *precursor* de Romero. Y es cierto. En buena medida Rutilio Grande preparó el camino a Monseñor Romero.

Aquí vamos a ceñirnos a la predicación. Si comparamos las homilías de Rutilio

Grande, que se han conservado, con las homilías de Monseñor Romero, sin lugar a dudas podremos percibir que en las primeras ya hay algo de lo que después contendrán de manera magistral las homilías de Romero. Ahora queremos mostrar qué es lo que tienen las homilías de Rutilio Grande que las hacen tan peculiares y que en cierto modo preparan el camino a aquellas homilías proféticas, únicas, incomparables de Monseñor Romero. Lo peculiar de Rutilio lo podemos resumir quizás en que sus homilías son una palabra popular, encarnada en la realidad, oportuna y profética.

Una palabra popular

Si algo llama la atención de la predicación de Rutilio Grande es su claridad. Es una palabra popular. Su lenguaje es el lenguaje de un campesino que, a pesar de los estudios recibidos, nunca ha dejado de ser campesino. El conoce cómo habla y cómo piensa su pueblo, y en esos términos se dirige a él. Rutilio Grande se dio a entender. Su gente lo escuchaba con atención porque lo entendían, porque estaba hablando con sus propias palabras, modismos y expresiones.

Todavía hoy da gusto leer las homilías de Rutilio Grande, y me imagino que daría mucho más gusto escucharlas de viva voz. Su lenguaje es claro, directo, popular. La profundidad de su pensamiento se transmite con la claridad y la riqueza simbólicas del lenguaje popular. Leer las homilías de Rutilio Grande es como leer los evangelios. El Jesús que nos muestran los evangelios sinópticos habla en parábolas, habla como habla el pueblo, y por eso el pueblo lo escucha y lo entiende.

Hoy las cosas han cambiado. En la mayoría de las predicaciones actuales hay una falta de comunicación entre el predicador y el pueblo. Esto puede deberse a que el predicador está hablando de temas que no tocan el interés de la gente, o a que habla en un lenguaje incomprensible, o a las dos cosas a la vez. La paradoja es notable: lo que está claro en una parábola del evangelio, se torna oscuro e incomprensible en la predicación. Y es que, por contradictorio que parezca, una buena predicación no es aquella que utiliza un lenguaje típicamente religioso, sino aquella que comunica el mensaje con palabras concretas, sencillas, claras. Un ejemplo inolvidable: para explicar el destino común de los bienes, Rutilio nos habla de una mesa compartida, con manteles largos, donde a nadie le falta su taburete y su “conqué”. Todo el mundo entiende.

Una palabra encarnada en la realidad

Ahora bien no se trata solamente del *cómo* predicar, *cómo* hablar, sino sobre todo de *qué* se predica, *qué* se dice. Bueno es que la predicación utilice un lenguaje popular, sencillo, claro, al estilo de Jesús y de Rutilio, pero no basta eso. Lo fundamental es qué se dice en ese lenguaje popular. Porque ciertamente hay predicadores que se dan a entender porque hablan claro, con giros y expresiones populares, pero no dicen nada, su palabra popular está vacía de contenido. De ahí la importancia de esta segunda reflexión.

La predicación de Rutilio Grande pone en contacto la *Biblia* con la *realidad* que viven los campesinos y campesinas que lo escuchan. De lo que se trata en la predicación –para quien predica y para quien escucha– no es tanto de “entender” lo que dice la Biblia, sino de lo que “dice” Dios en la realidad actual, qué dice Dios ahora, hoy mismo. Por supuesto, para entender qué es lo que está pasando, para discernir los signos de los tiempos, es insustituible la palabra de Dios que ilumina como una lámpara. Pero la cuestión, repetimos, no es quedarse admirando la belleza de la lámpara (la Biblia), sino el camino que ilumina (nuestra realidad).

Las homilías de Rutilio Grande son un ejemplo admirable de esto que estamos diciendo. En ellas se entrelazan la Palabra de Dios y la realidad del pueblo, de tal manera que se convierten en un mensaje nítido. Por citar un ejemplo, de los muchos que hay en sus homilías, cuando Rutilio quiere explicar y desenmascarar la persecución contra la Iglesia, dice que si Jesús viniera hoy de Galilea a Jerusalén, es decir de Chalatenango a San Salvador, no pasaría de Guazapa, allí lo detendrían.

Abundan hoy las predicaciones donde se explican los pasajes bíblicos en todos sus detalles. Son admirables catequesis, podríamos decir, pero no son predicación porque les falta ese elemento esencial de encar-



P. Rutilio Grande dando la Primera Comunión a una niña.

nación en la realidad. La predicación no es un cursillo bíblico ni una consultoría para dar consejos. La predicación es profecía, es actualizar la palabra de Dios en la realidad del pueblo.

Esta encarnación de la Palabra de Dios en la realidad concreta que vive la comunidad no se lo sacó Rutilio Grande de la manga. El no hizo otra cosa que poner en práctica lo que dice el magisterio de la Iglesia:

“Son innumerables los acontecimientos de la vida y las situaciones humanas que ofrecen la ocasión de anunciar de un modo discreto pero eficaz lo que el Señor desea decir en una determinada circunstancia. Basta una verdadera sensibilidad espiritual para leer en los acontecimientos el mensaje de Dios” (*Evangelii nuntiandi*, 43).

Es paradójico, pero hoy la Iglesia, o las Iglesias que se precian de ser “espirituales”, de no meterse en política, de anunciar verdaderamente el evangelio, carecen de lo que el magisterio llama “sensibilidad espiritual”. Se habla mucho de hacer oración, retiros espirituales, vida interior, pero no se ven los frutos por ninguna parte, porque si de verdad fuera una Iglesia espiritual su predicación leería “en los acontecimientos el mensaje de Dios”, como dice Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi*.

No es lo mismo hablar de Dios que dejar hablar a Dios. En la predicación actual se habla mucho de Dios, no dudamos de ello. Pero lo que el pueblo requiere no es simplemente que le hablen de Dios, lo que requiere es oír qué dice Dios en esta realidad concreta que vivimos hoy. No es fácil. Y precisamente para eso está la predicación. Rutilio Grande une con tanta naturalidad el mensaje de la Biblia con la realidad de su pueblo que el resultado es una predicación donde al pueblo le queda claro lo que Dios dice, lo que Dios siente y lo que Dios exige.

Una palabra oportuna

Creo que ésta es una de las principales cualidades de las homilías de Rutilio Grande. Y es que no se trata simplemente de predicar, sino de hacerlo en el tiempo y en el lugar oportunos. Hablar cuando hay que hablar. Un sacerdote es expulsado del país y ahí se hace presente Rutilio Grande, en el atrio de la parroquia de Apopa para dirigir una memorable homilía que denunció el atropello a que era sometido entonces el pueblo. A esto es lo que llamamos una palabra oportuna, que habla cuando hay que hablar, en los momentos en que el pueblo espera una palabra de aliento, una palabra también de denuncia y orientación.

Rutilio Grande es invitado a predicar en la fiesta del Divino Salvador del Mundo y aprovecha la “oportunidad” no para hacer una predicación de lucimiento personal, o una predicación para salir del paso, sino que, sabiendo que se trata de un momento clave en la vida y la historia del país, hace ante las autoridades políticas, militares y religiosas las denuncias que es necesario hacer. Tenía delante, ni más ni menos, que al presidente de la República. Rutilio no se atrinchera en un mensaje doctrinal que lo dice todo y no dice nada, sino que, consciente de la oportunidad, les dice lo que les tiene que decir. (Por cierto, esta homilía le costó el rectorado del Seminario Mayor de San José de la Montaña).

Hay hoy, como decía Monseñor Romero, “muchas palabras de charlatanes”, pura lata que suena, una correntada de palabras que se oyen huecas, vacías... Nos atiborran con mensajes, consejos, explicaciones, etc. Pero a la hora de las horas, cuando se necesita una palabra clarificadora y animadora, no hay nada. Suceden hechos graves en el país, de repente miles de salvadoreñas y salvadoreños se quedan sin empleo, pero las predicaciones de la radio, TV y los periódicos, los predicadores “de moda”, parece que no se enteran, su mensaje sigue como si nada hubiera pasado.

Gran lección la que nos deja Rutilio Grande: saber ser oportunos –que nada tiene que ver con ser oportunistas. Es decir, arriesgarse a hablar cuando lo más cómodo es callar. Atreverse a decir una palabra en las situaciones críticas que requieren, precisamente por ser situaciones límite, de la palabra alentadora y orientadora.

Una palabra profética

Acabamos de decir que hablar oportunamente es clave en la verdadera predicación cristiana. Así lo hizo Rutilio Grande. La palabra profética es una palabra dicha a tiempo, en el lugar y la hora exacta. La palabra profética de Rutilio Grande cumple, como verdadera palabra profética, una doble función: denuncia las injusticias y al mismo tiempo transmite ánimo y esperanza a los pobres.

Rutilio Grande no se queda en las ramas. Sus denuncias no son genéricas, de tal forma que se habla de todo y de todos y no se señala nada ni a nadie. Sus denuncias sí suenan a puro evangelio. Para muestra, un ejemplo que tomamos de la homilía que Rutilio Grande predicó en Apopa con motivo de la expulsión del Padre Mario Bernal:

“¡Ay de ustedes hipócritas que de diente a labio se hacen llamar católicos y por dentro son inmundicia de maldad! ¡Son caínes y crucifican al Señor cuando camina con el nombre de Manuel, con el nombre de Luis, con el nombre de Chabela, con el nombre del humilde trabajador del campo!”

Las denuncias de Rutilio Grande dan a los pobres alegría y esperanza. Los pobres, por fin, advierten que alguien habla por ellos, y sienten que algo puede cambiar en su situación. De la sumisión y el silencio los campesinos y campesinas pasan a tomar la palabra y a hablar por sí mismos, se organizan y luchan por su vida. Y si lo hacen es porque la predicación no les dejó sumidos en la tristeza y la pasividad, sino que les produjo esperanza.



Vengamos al presente. Si bien es cierto que después de la firma de los acuerdos de paz (1992) ha habido cambios políticos muy importantes en El Salvador, también es cierto que la situación social y económica está peor que en el pasado. Las cifras oficiales hablan casi de un 50 por ciento de personas en nuestro país que viven en la pobreza. Esto dicho en términos absolutos significa que por lo menos tres millones de personas mal viven en algún grado de pobreza. En esta última década se ha dado un proceso de concentración de la riqueza más acelerado que antes de la guerra. Pero parece que esta realidad de miseria de las mayorías populares y riqueza de una minoría privilegiada no afecta en nada a la predicación de las Iglesias.

Según lo que hemos dicho, la predicación debería contener vigorosas denuncias de las instituciones y mecanismos que generan tanta pobreza y miseria. Pero no es así, más parece lo

contrario. La predicación de la Iglesia que nos habla de Dios encubre esta situación. La predicación profética es precisamente aquella que pone al descubierto con sus denuncias y análisis el pecado de unos pocos que llevan a la muerte de muchos. Esta denuncia no se hace para crear más confrontación de que la que los grupos poderosos ya crean con sus injusticias, sino para llamar a la conversión de los corazones y a la transformación de las estructuras.

Si la pobreza ha aumentado y es aún más grave que en los tiempos de Rutilio Grande, ¿por qué tanto silencio? Esto no tiene otra explicación que las Iglesias han optado por el poder, consciente o inconscientemente. ¿Cuál es el objeto de la predicación sino comunicar la buena nueva de la liberación a los pobres? (Lc 4, 18-19). La predicación actual es más doctrinal que profética. Está más preocupada por transmitir la doctrina segura a los fieles que por denunciar las injusticias.

No estamos diciendo que la doctrina no sea importante en la predicación de la Iglesia, pero sin lugar a dudas, lo que en primera instancia debe importar al predicador es que los fieles puedan vivir como Dios manda. Está claro que Dios no manda que la mayoría de las personas vivan y mueran en la miseria mientras una minoría se da la gran vida. Por eso decimos que el objeto de la predicación es contribuir a la liberación y no tanto al adoctrinamiento de los fieles. Esto último es función de la catequesis. Y –ya lo hemos dicho– la predicación es mucho más que una catequesis. Es la actualización de la Palabra de Dios en la situación concreta que vive el pueblo. Es fácil observar que las homilías de Rutilio Grande están cimentadas en una doctrina segura, pero su finalidad primaria no es transmitir esa doctrina. Lo que Rutilio Grande buscaba, al igual que Jesús, era contribuir a la liberación de su pueblo.

Una palabra popular, encarnada en la realidad, oportuna y profética, son las características que a mi modo de ver tienen las homilías de Rutilio Grande. Veinticinco años después de su asesinato camino a El Paisnal necesitamos que la Iglesia hable como habló en su tiempo Rutilio Grande. Ojalá.

* * *

Por coincidencia, pocos días después de escribir estas reflexiones, estuve en Cinquera. La iglesia aún conserva las dos paredes frontales medio derruidas. La comunidad cristiana ha querido dejarlas ahí como testimonio de los horrores de la guerra. Es una iglesia bonita por su modestia. En su interior, en una pared, se

han colocado las fotografías de los mártires de la comunidad. Varias veces hemos visitado el lugar, pero esta vez había una novedad. Junto a las fotografías de los mártires están varias hojas tamaño oficio. Alguien con infinita paciencia ha copiado a mano, con letra grande y muy clara, toda la homilía de Rutilio Grande en Apopa. ¡Qué mejor homenaje y celebración del vigésimo quinto aniversario que éste que le ofrece su gente campesina!



Rutilio Grande

Interpelación a la Iglesia

Jon Sobrino

“Amigos. Volvamos al Evangelio, volvamos al pobre pueblo. Allí se nos aclara cuando se mira turbio el horizonte de nuestro caminar pastoral”.

Comenzamos estas breves reflexiones sobre Rutilio con estas palabras que lo hacen muy actual. De forma desconocida hoy proliferan en la Iglesia diversas pastorales, grupos y movimientos, música y cantos con temática cristiana. La Iglesia está presente en emisoras de radios y televisión. Los viajes papales rompen todos los récords de público. Y las canonizaciones se han multiplicado de tal manera que de ser acontecimientos extraordinarios se han convertido en noticia habitual. José Comblin habla de una especie de nueva cristiandad. No como la de antes, pero con cierto parecido con ella por lo que ocurre y, sobre todo, por lo que se desea que ocurra: masiva presencia ambiental de la Iglesia, aun en formas muy diversas, y armonía entre poderes civiles y jerarquía eclesiástica que configuran la sociedad desde arriba.

Y sin embargo, se nota que en la Iglesia falta algo importante. Falta un norte que marque el camino, un ideal que aglutine, una causa por la que merezca la pena comprometerse y sufrir y una esperanza que produce gozo. Como en tiempo de Rutilio, aunque de diversa forma y después de haber pasado por años de brillantez, el horizonte eclesial se mira turbio. En este contexto lo recordamos 25 años después de su martirio y escuchamos las palabras, que en su día fueron vigorosas en medio de su trájín en Aguilares, y que lo siguen siendo hasta el día de hoy, pues su martirio les ha otorgado el vigor de lo que ya no pasa.

“¡Oh verdad, siempre antigua y siempre nueva!” , decía Agustín. Y eso también ocurre con los palabras de los mártires, y ciertamente con las palabras de Rutilio: “Amigos, volvamos al Evangelio, volvamos al pobre pueblo”. Sobre ellas queremos hacer a continuación unas breves reflexiones, dejando hablar a Rutilio, y citando –con libertad– para ello palabras de sus homilías que publicamos más adelante. Nuestras reflexiones vienen a ser como glosas a una pequeña selección de lo que su compañero de Aguilares, el Padre Salvador Carranza, ha llamado “el pequeño evangelio de Rutilio Grande”.

Jesús de Nazaret

¿Qué Jesús tenemos hoy y qué Jesús tenía Rutilio Grande? Me temo que no son el mismo. Y es que Rutilio habló de Jesús con gozo, pero también con seriedad. Y empezamos por esto último porque en la actualidad sobran presentaciones complacientes, acarameladas, de Jesús.

También en tiempo de Rutilio se podía presentar a un Jesús alejado de la realidad cotidiana del obrero y de la campesina. Y nada digamos del Cristo –que nunca existió– que bendecía a terratenientes y militares. Ante esto Rutilio tomó en serio a Jesús y denunció su manipulación: “Muchos prefieren un Cristo mudo y sin boca para pasarlo en andas por las calles. Un Cristo con bozal fabricado a nuestro antojo y según nuestros mezquinos intereses”.

Al hablar de Jesús ante los campesinos, muchas veces adormecidos en nombre de un Jesús falso, Rutilio se enardecía y, por así decirlo, salía por la honra de Jesús. Le dolía que se presentase a un Jesús aguado. “¡Ese no es el Cristo del Evangelio, el Jesús joven de 33 años!”. Y en palabras que se entendían muy bien en aquellos años decía:

Mucho me temo, hermanos, que si Jesús volviera hoy, bajando de Galilea a Judea o sea de Chalatenango a San Salvador, yo me atrevo a decir que no llegaría con sus prédicas y acciones hasta Apopa. Lo detendrían allí, a la altura de Guazapa. Y duro con él, hasta hacerlo callar o desaparecer.

Quizás hoy Jesús no sería ya detenido a la altura de Guazapa, ni en muchas de nuestras calles, pues su palabra es manipulada por las democracias neoliberales y queda muchas veces aguada en su Iglesia. Pero eso no quiere decir que las cosas van bien en el país ni que la Iglesia hace todo lo que debe hacer para que eso no ocurra. Significa que vivimos en épocas de un Cristo domesticado, lo cual ya ha

ocurrido muchas veces en la historia. De ahí la importancia de volver a Jesús de Nazaret con la seriedad con que de él hablaba Rutilio Grande.

Pero hay que añadir en seguida que esa seriedad nada tenía de masoquismo, de tristeza o angustia, sino que estaba llena de gozo y esperanza. Es bien conocido que Rutilio devolvió la esperanza a campesinos y campesinas afligidos, dejados de la mano de Dios. Y lo hizo sobre todo hablándoles de Jesús. Jesús era uno de ellos, “un peregrino que iba por cantones y caseríos”. Jesús no era una imagen sin palabra ante quien se hacen novenas y a quien se le lleva en procesiones. Era mucho más que eso. Era palabra viva y actual, interpelante y animante, una palabra “limpia y clara como el agua que baja de los montes”. Y para los campesinos era ante todo una palabra de esperanza. “Ahí no más tienen el Reino de Dios”, decía Rutilio, citando la proclama de Jesús de Nazaret al comienzo de su misión. En palabras que ya se han hecho clásicas, a modo de testamento, un mes antes de ser asesinado, explicó así lo que significa hoy en El Salvador el reino de Dios.

Dios, el Señor, en su plan, a nosotros nos dio un mundo material, como esta misa material, con el pan material y la copa material que elevaremos en el brindis de Cristo. Una mesa común con manteles largos para todos, como esta Eucaristía. Cada uno con su taburete y que para todos llegue la mesa, el mantel y el conqué. Cristo, de 33 años, celebró una cena de despedida con los más íntimos y dijo que ése era el memorial grande de la redención. Una mesa compartida en la hermandad, en la que todos tengan su puesto y su lugar. Es el amor de la fraternidad compartida que rompe y echa abajo toda clase de barreras, prejuicios y ha de superar el odio mismo.

Alguien que habla así toma a Jesús en serio y con gozo. Y también a su Dios. “Dios no está en las nubes acostado en una hamaca”, repetía Rutilio. Y se quejaba amargamente de que nos trajeran a un Dios a quien “no le importa que las cosas le vayan mal a los pobres aquí abajo”. Ya entonces se quejaba de la inflación palabrera al hablar de Dios. Mucho decir “¡Primero Dios, primero Dios! ¡En nombre de Dios! ¡Gloria a Dios!”, pero poco hacer.

Mucho le hubieran gustado a Rutilio las palabras de su amigo Romero: “la gloria de Dios es el pobre que vive”, bien diferente al repetido “gloria a Dios”. Y aunque la gente sencilla, la de antes y la de ahora, no esté para distinciones sutiles, el repetir machaconamente “gloria a Dios” bien pudiera reflejar a un Dios que está esperando alabanzas de sus creaturas, a un Dios en definitiva egocéntrico, hecho a nuestra imagen y semejanza, pues a nosotros los seres humanos sí nos encanta que nos rindan pleitesía. Pero ese malentendido ya lo explicó muy bien la teología

de Juan. Lo primero que hace Dios es amarnos él a nosotros. Y lo que espera de nosotros, como correspondencia a ese amor, es que amemos al hermano y a la hermana (1Jn 4, 7-11).

Si de “gloria de Dios” se trata, mejor la expresan las palabras de Romero, “que el pobre viva”. Es ése un Dios bueno, cariñoso con el pobre, que no está esperando que le canten alabanzas a él, sino que él se adelanta –como en la parábola del Hijo pródigo– a abrazar al pobre. Ese es el Dios de Jesús, el que ama y defiende al pobre.

De ahí la seriedad y la ternura, a la vez, con que Rutilio hablaba de Dios. Y de ahí también su predicación contra un dios sin ternura hacia al pobre y convertido en ídolo, que da muerte al pobre. Con gracejo y sabiduría cam-pesina decía:

Unos se santiguan: ¡En el nombre del Padre –el pisto– y del Hijo –el café– y del Espíritu –mejor que sea de caña. Ese no es el Dios, Padre de nuestro hermano y Señor Jesús, que nos da su buen espíritu para que seamos hermanos por igual, y para que, como seguidores cabales de Jesús trabajemos por hacer presente aquí y ahora su Reino.

Rutilio tuvo una gran experiencia de Dios, experiencia que le abrió el corazón para sentir compasión y los ojos para ver el mundo como es, no disimular su pecado ni ocultar la esperanza. Y sobre todo para ver a los seres humanos como somos, por fuera y en lo profundo del co-razón. Entre nos-otros hay Abel y Caín, y de ahí la

necesidad de la profecía, como hemos visto. Pero por encima de todo, más allá de Abel y Caín, te-nemos todos a Dios por Padre, y de ahí la utopía y la esperanza:



Rutilio en compañía de quienes cooperaban en el turno que se celebraba en el Seminario San José de la Montaña.

Un Padre común tenemos, luego todos somos hijos del mismo Padre, aunque hayamos nacido del vientre de distintas madres. Luego todos somos hermanos. Los Caínes también son nuestros hermanos, aunque sean un aborto en el plan de Dios.

Una Iglesia de los pobres en Aguilares

Ese Dios y su Cristo Jesús de Nazaret es lo mejor que Rutilio tenía que ofrecer a su pueblo de Aguilares. Entonces, como ahora, era un pueblo cuya máxima tarea es vivir y cuyo destino más cercano es la muerte rápida de la violencia, sobre todo en aquellos tiempos, o la muerte lenta de la pobreza, del desarraigo familiar y cultural de los millones de refugiados, del silencio y aun desprecio de parte de los poderes de este mundo. No dominaba, entonces, el capital financiero ni la globalización de los excluidos. Dominaba, simplemente, la inmemorial injusticia que produce pobreza, “piltrafas y desechos humanos”, que decía Ellacuría.

Rutilio lo decía en lenguaje del campo, inigualable: “las chiltotas tienen un conacaste donde colgar sus nidos para vivir y cantar, pero al pobre campesino no le dejan ni un conacaste, ni un puño de tierra para vivir o para que lo entierren”. Adelantándose a Romero, quien decía “esto es el imperio del infierno”, decía Rutilio: “esto no es el reino de Dios, sino el reino de la maldad, de la mentira y del diablo”. Y de nuevo, adelantándose a Romero denunció que los campesinos no tienen derecho “a que se oiga su voz”. En sus últimas homilías Rutilio fue su voz.

Volviéndose a Jesús, el histórico, el de Nazaret, y volviéndose a los campesinos, estando ante ellos y con ellos, Rutilio Grande hizo el milagro mayor de refundar la Iglesia de Jesús en Aguilares, una Iglesia de los pobres, milagro que en aquel tiempo también hicieron otros, sacerdotes, religiosas y campesinos en otros lugares del campo y en las zonas suburbanas de la capital.

La intuición fundamental de Rutilio –y de toda aquella generación–, obsesión si se quiere hablar así, era “hacer comunidad”. En la comunidad debían estar todos y todas, con una primera consecuencia importante: que los campesinos y campesinas recobrasen dignidad –la igualdad y fraternidad, tan pregonada en la democracia y tan poco conseguida–, o que la llegasen a tener, quizás por primera vez. “Queremos hacer con ustedes una comunidad de hermanos en la que nadie se sienta cacique ni peón”. Por simple que sea mencionarlo, sin dignidad no hay fraternidad, y sin fraternidad no hay filiación. Entonces, “Iglesia”, “pueblo de Dios”, no pasan de ser vocablos vacíos.

De acuerdo a esta primacía que daba a la comunidad, la pastoral no consistía en llevar a la gente al templo, llenar templos, como hoy se ansía, bajo el presupuesto de que ése es el camino de que la Iglesia crezca. Había que hacer más bien lo contrario: salir del templo, ir a la gente allá donde está y hacer que la gente, ellos y ellas, sean el templo vivo de Dios. “No buscamos que vengan a la iglesia o traerles la iglesia de allá para acá, sino que ustedes sean hermanos e iglesia aquí en el caserío o el cantón”.

Rutilio no fue un iconoclasta de la religiosidad popular, todo lo contrario. Sabía bien que la religión ofrecía un norte, también fuerza y consuelo, a campesinos que poco más tenían a que agarrarse para que su vida no fuese una total desgracia. “El pobre sólo tiene la religión y la cuma. ¡No podemos dejarles más pobres sólo con la cuma!”, decía. Pero tampoco se escudaba en que “no hay que quitar la fe a los sencillos” o “esto es lo que le gusta a la gente” para no intentar cambiar. No vio la religiosidad popular como algo intocable, algo que en definitiva mantiene sumiso al pueblo y otorga poder a los jerarcas de la religión. Lo que quiso es transformarla, y en ello mostró convicción, fortaleza y creatividad. “Buscamos chapodar todo aquello que no es de Dios y nos tiene derrotados. Queremos dar más fuerza y vida a esa religión nuestra para que el pobre no tenga que conformarse sólo con la cuma”.

De esa nueva religiosidad dos elementos nos parecen esenciales. Uno es que la palabra de Dios esté en manos de los campesinos. No se trata sólo de *leer* las lecturas bíblicas en la misa, ni siquiera sólo de *estudiar* la biblia, sino de algo mucho más hondo: “congregarse a dialogar la palabra de Dios”, decía Rutilio. “Congregarse”, es decir juntarse activamente en comunidad. “Dialogar”, es decir, exponer y compartir, ellos y ellas, campesinos y campesinas, lo que les dice esa palabra. “De Dios”, es decir lo que tiene ultimidad, que proviene de lo alto y a la vez de lo más profundo de los corazones, lo que interpela con ultimidad, pero también lo que ilumina, anima, produce gozo y esperanza, como no lo hace ninguna otra cosa. Lo más novedoso, sin embargo, es que la religiosidad no es algo que otros, los de arriba, dirigen, sino que nace del encuentro de los campesinos con la palabra de Dios, en comunidad y en medio de una historia concreta. Es el triángulo necesario para que la Biblia sea palabra de Dios del que habla Carlos Mesters: la Biblia, la comunidad, la historia.

Lo esencial de esa palabra es que produce vida, salvación aquí y allá. Las comunidades, y también mucha gente de las organizaciones populares –aun con todos los dolores de cabeza que le proporcionaron a Rutilio– recogieron esa palabra de vida. En cualquier caso la Iglesia dejó de ser rutina, tradiciones del pasado. “La

iglesia no es museo de tradiciones muertas, de enterradores que sólo se preocupan de cargar la urna el Viernes santo para enterrar a Jesús. Debe ser un puño de comunidades vivas, portadoras de vida y esperanza para nuestra gente más humilde”.

El segundo elemento, al que ya hemos aludido, es la comunidad. Hoy proliferan hasta el exceso las reuniones en la Iglesia, pero ser comunidad es otra cosa. Para Rutilio era esencial que en la comunidad estuviesen todos y todas, con ilusión, activa y creativamente, aunque sólo fuese aseando el templo. El individualismo, bien sea el personal o el de grupos y de movimientos, es la negación de la comunidad. “No vale decir ‘sálvese quien pueda con tal de que a mí me vaya bien’. ¡Nos tenemos que salvar en racimo, en mazorca, en matata, o sea en comunidad!”.

Y la calidad de la comunidad se medía por el servicio. Como en los tiempos de Pablo, en la comunidad a todos se les reconocían *carismas*, dones, capacidades, talentos, para construirla. Nadie era más y mayor que otro, tentación y peligro que Rutilio encaró con decisión y gran lucidez. “Recuerden que son *delegados de la comunidad*”, decía a los que tenían misiones más notables. Y se lo repetía en su lenguaje: “No es para que sean cacicones sino servidores”.

La síntesis de esta Iglesia que se iba fraguando en Aguilares, en otras zonas rurales y en los suburbios de la capital, está en la fuerza de la palabra, por ser de Dios; en escucharla en comunidad, no individualmente, con exclusión de otros; en medio de la historia real de pobreza e injusticia, de luchas y esperanzas, no en la interioridad que deja abandonada la realidad a su suerte. Esto es lo que otros después teorizaron como Iglesia de los pobres. Y permítaseme recordar que en sus escritos eclesiológicos Ellacuría tuvo muy presente –junto al de Monseñor Romero– el recuerdo de Rutilio y la experiencia de Aguilares.

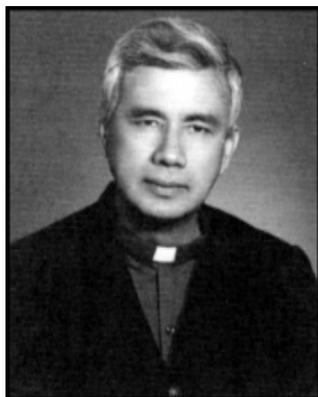
Fuerza en la debilidad

Este Rutilio de palabra vigorosa, siempre en búsqueda, de inmensa creatividad, de fortaleza hasta el final –sus palabras más proféticas las pronunció en los últimos meses de su vida– fue un ser humano con limitaciones y, en concreto, con una psicología que le hacía pasar por momentos de debilidad, aguda a veces, como lo explica en profundidad Rodolfo Cardenal en su libro *La historia de una esperanza*, escrito en 1985 y recientemente reeditado. De ahí que nos preguntemos para terminar de dónde sacaba fuerza para pronunciar palabras como las que hemos mencionado, las palabras proféticas, sobre todo.

Ingenuo no fue Rutilio. En su tiempo, además de la pobreza secular, estalló la

represión al pueblo. Y como cosa muy novedosa y sorprendente –y también como bendición mayor– estalló la persecución a la Iglesia y a los sacerdotes, inconcebible pocos años antes. Sin embargo nada de eso pareció sorprenderle ni menos desanimarle. Le confirmó más bien en que él, el equipo de Aguilares y la comunidad, iban por el camino correcto. Y esto, como lo proclama lo más profundo de la paradoja cristiana, le dio fuerza para proseguirlo. También en esto se pareció a Romero, quien, incluso psicológicamente, se creció cuando más arreciaba la persecución a la Iglesia y los ataques contra su persona.

En medio de las dificultades externas y de las debilidades personales, Rutilio mantuvo la lucidez. A los campesinos les decía: “no se desanimen ni desmayen si los cacicones y de colmillo retorcido les dicen agitadores y subversivos y otras cosas que ni ellos entienden. ¡Adelante, es buena señal!”. La razón para poder decir palabras tan sorprendentes entonces está en el mencionado “volver a Jesús”: “los fariseos, las autoridades y hasta los sacerdotes de entonces también llamaban a Jesús, fijense bien, ¡enredador, blasfemo y alborotador del pueblo!”.



Y cuanto más arreciaba la persecución, más elocuente llegó a ser Rutilio. Su actividad y sus palabras recordaban la última semana de Jesús en Jerusalén, denunciando a escribas y fariseos, saduceos y sumos sacerdotes. La cercanía de la muerte no lo apaciguó sino que lo enardeció. “¡Ay de ustedes que se dicen católicos de diente a labio y por dentro son inmundicia de maldad! Son Caínes que crucifican al Señor cuando camina con el nombre de Toño, Licha o del humilde trabajador del campo”.

Adelantándose a los años de terror y represión que iban a vivir el país y la iglesia, aunque ya asomaban, Rutilio pronunció estas palabras lapidarias. “¡Es peligroso ser cristiano en nuestro país! ¡Prácticamente es ilegal ser cristiano cabal en nuestro medio!”. Ingenuo no fue, pues, Rutilio, y conocía su débil condición. Lo que ocurrió es que pudo decir como Pablo, como homenaje a la gracia de Dios que operaba en él: “en mi debilidad está mi fuerza”.

Sin embargo, nos preguntamos de nuevo cómo su debilidad pudo convertirse en fortaleza, de dónde sacaba fuerzas Rutilio para hablar así y obrar en consecuencia.

Este es el misterio de todo ser humano en el que, en definitiva, no podemos entrar. Pero quizás podemos barruntar algo. Ya hemos dicho que Monseñor Romero se creció, aun psicológicamente, durante los últimos tres años de su vida, y es que la persecución, la cruz para un cristiano, pueden generar fuerza y vigor. Pero además de eso, a Monseñor Romero, acosado por todas partes, se le escapó un día de dónde le provenía fuerza y vigor: “Con este pueblo no cuesta ser buen pastor” -y quizás sea ésta una pista certera también para comprender a Rutilio, que vamos a rastrear brevemente en momentos claves de sus homilías.

A la comunidad de Aguilares y de muchas personas venidas de cantones y caseríos les dijo en la fiesta del maíz de 1976: “Perdóneme que les felicite en la Eucaristía por tantas cosas buenas. Felicitaciones a todos los hermanos porque nos llegan noticias de todas partes que la fe de muchos entre ustedes, en sus comunidades, en la parroquia y en el país no es vana”.

Rutilio les felicita porque el evangelio va ahora estrechamente unido a sus vidas y porque no se han contentado con entender la Palabra, sino que la han puesto a producir. Con gran ternura felicita especialmente a los adoradores del Santísimo, ancianos que en medio de los cambios de aquellos años en la Iglesia se mantienen fieles a la adoración al Santísimo y se mantienen abiertos a la novedad.

Quien felicita con sinceridad, como lo hace Rutilio, es que también está él feliz. Esa felicitación a su pueblo es como un reverbero de su propia felicidad y aparece inocultable en las siguientes palabras de gran belleza.

¡Les felicito, hermanos! Nos han dado una gran lección. Nos cuentan que en vez de ponerse a pelear con el hermano Pedro si la Virgen tuvo o no muchos hijos, si se puede comer gallina estrangulada o no, ustedes le ofrecieron su ayuda cuando le desalojaron. En su pobreza le han levantado el rancho y le ayudaron a trasladar sus tiliches. Enhorabuena y me alegro. Ustedes mismos dicen que se ha unido a su comunidad y ya no quieren que le digan “hermano separado”.

Rutilio se alegró al ver a los pobres viviendo unos con otros y siendo unos para otros. Aprendió de ellos. Si desde arriba lo sostuvo el amor de Dios, desde abajo fue el pobre quien le produjo alegría y gozo. Lo mismo le ocurrió a Jesús. Desde arriba lo sostuvo el Padre, *Abba*, y desde abajo –aunque poco se habla de ello– lo sostuvieron los pobres, y, en los ejemplos que ponen los evangelios, los marginados, especialmente mujeres abatidas.

De Jesús se dice que se conmovió al ver a la viuda que había echado unos pocos centavos en el templo, al ver a la mujer pecadora llorando a sus pies con una gran fe, al ver a la mujer cananea corrigiéndole a él –que se negaba a hacer un milagro, pues “no hay que echar el pan a los perros”– al replicarle que “también los perritos comen las migajas que caen de la mesa”. Los pobres comunicaron a Jesús algo bueno, le comunicaron una buena noticia, le evangelizaron. Eso, pienso, es lo que le ocurrió a Rutilio. La bondad que vio en los campesinos y campesinas fue la fuerza que lo mantuvo y le hizo sentir gozo en medio de la debilidad y el sufrimiento.

Rutilio hoy

En la historia ha habido muchas formas de ser cristiano, y ha habido incluso épocas de degeneración del cristianismo. Pero siempre que se busca lo verdaderamente cristiano creemos que ocurren dos cosas: volver a Jesús, y no a cualquiera, sino el de Nazaret, y encarnarse en la realidad, en sus gozos y esperanzas, en sus angustias y sufrimientos, sobre todo de los que más sufren. Así lo dijo el Concilio Vaticano II y Medellín, hace ya más de 30 años. Y ese fue también el secreto de Rutilio.

Con esto queremos decir que no basta con repetir, como se hace con frecuencia, a veces para no hacer lo que hay que hacer, que “las cosas han cambiado”, con lo cual nos sentimos justificados para no tener que recordar a Rutilio o a Romero, o los recordamos de tal manera que lo que somos y hacemos en poco se parece a lo que fueron e hicieron ellos. Cambian las cosas, es cierto. Puede ser que no sea lo mismo el PCN que ARENA. La represión y guerra no son lo mismo que el exilio constante de refugiados. Los secuestros políticos de antes no son lo mismo que el negocio de los secuestros de ahora. Y así mil cosas más. Pero no todo tiene por qué cambiar. El oleaje puede cambiar y a veces es expresión de un mar distinto. Pero otras veces, aunque la cresta de la ola sea distinta, las corrientes subterráneas permanecen las mismas. ¿Puede decirse honradamente que hoy, a diferencia del tiempo de Rutilio, las fuerzas del mal, de la mentira y de la muerte han sido vencidas por las fuerza del bien, de la verdad y de la vida? Mucho me temo que no.

Decimos esto no para analizar ahora la situación del país, sino la realidad de la Iglesia. No puede ésta apelar al cambio de situación, a que ya estamos en democracia, a que ya hay libertad de expresión, a que no se puede ignorar la post-modernidad también en la religión –aunque haya algo de verdad en todo ello– para no enfrentar lo fundamental: en nuestro país existe un gravísimo pecado que da

muerte, las estructuras se rigen en definitiva por el egoísmo y para provecho de unos pocos, las mayorías siguen siendo ignoradas, despreciadas y, cuando hace falta, engañadas.

En esta situación Rutilio Grande interpela a la Iglesia. No hay que repetir lo que él hizo, pero hay que llevar a cabo la pastoral con la creatividad, honradez, amor al pueblo pobre, profecía, fortaleza y gozo con que el llevó a cabo la suya. En definitiva, hay que ser cristiano cómo él lo fue: con la mirada puesta en Jesús y en el pueblo. Y hay que hacer Iglesia como él la hizo: en comunidad, con la palabra de Dios en mano de los pobres.

Es cierto que hay cosas buenas en la Iglesia de hoy, algunas incluso novedosas con respecto a Rutilio. Es cierto que cada año recordamos a nuestros mártires. Es cierto que hay esfuerzos por mantener vivas muchas tradiciones evangélicas y salvadoreñas. Por último, y lo más importante, es cierto que resurgen, aquí y allá, comunidades. En medio de los destrozos del terremoto, quizás lo más positivo haya sido que muchos salvadoreños y salvadoreñas han dado unos a otros de lo que tienen, incluso han rechazado a veces ayudas y privilegios que vienen de fuera, si no son para todos, si no fomentan comunidad. Pero hay mucho que hacer que la Iglesia como un todo no lo tiene muy presente, sino que queda descuidado en su misión.

¿Rutilio hoy? En las marchas y foros por la paz de los últimos tres años se han formulado desafíos urgentes para la humanidad, y bien hará la Iglesia en tenerlos centralmente en cuenta: democracia, participación y represión; derechos sociales y laborales; migraciones; derechos ecológicos, derechos ambientales, modelo agroalimentario; globalización y militarismo; mujer y globalización; globalización y desarrollo. Además de estos desafíos para toda la humanidad, Don Pedro Casaldáliga enumera otros tres que, con osadía profética y libertad evangélica, debe asumir la Iglesia de Jesús, para ser creíble y evangelizadora hoy: la descentralización mundializada, que debe ser exigida tanto a las Naciones Unidas y demás órganos mundiales como a la Santa Sede y a las curias eclesiales; la participación corresponsable, sobre todo de los que están abajo en la sociedad y en la Iglesia, y muy especialmente de las mujeres; el diálogo solidario entre culturas y religiones, sin prepotencia.

Más concretamente en nuestro país, sigue siendo insultante y urgente el desafío de la pobreza, que, aunque parezca increíble, puede ser mayor que la del tiempo de Rutilio; el desempleo y el indigno empleo en las maquilas; la violencia en sus diversas formas y la responsabilidad de la Policía Nacional Civil (PNC)

en ella; el éxodo forzado de miles de salvadoreños, que no termina; el egoísmo y desentendimiento del pueblo por parte de gobernantes y políticos; el desencanto de las mayorías... A nivel eclesial mencionemos sólo la ausencia de una palabra orientadora y animadora en mensajes y cartas pastorales, la difuminación del cuerpo eclesial, diluido en innumerables grupos, movimientos, en una especie de “sálvese quien pueda”, la tendencia a espiritualizar e infantilizar la religión...

¿Puede Rutilio ayudarnos en responder a estos desafíos? Indudablemente ni Rutilio, ni Romero, ni Ellacuría ofrecen receta alguna, pero sí nos ofrecen el espíritu con que llevar a cabo todo ello en la Iglesia. Ese espíritu, de nuevo en palabras de Don Pedro Casaldáliga, puede ser descrito de la siguiente manera: *coherencia testimoniante*, en una civilización de la imagen en la que el mundo quiere “ver”; *convivencia fraterno-sororal*, el mayor desafío y el más cotidiano para las personas, para las comunidades, para los pueblos –es el mandamiento principal, el del amor; *acogida gratuita y servicial*, haciendo de todos los ministerios y de todas las profesiones un servicio desinteresado y generoso; *compromiso profético*, más necesario que nunca en contra del dios neoliberal de la muerte y la exclusión, y a favor del Dios del reino de la vida y de la liberación; *contemplación confiada*, que se abre a la gratuidad de Dios, muy necesaria en tiempo de eficacia inmediatista y pragmatismo; *esperanza pascual*, en tiempo de desencanto, en el que contra esperanza afirmamos que la vida tiene la última palabra sobre la muerte, que los pobres vivirán.

Creo que Rutilio comprendería muy bien los desafíos que hemos mencionado y el espíritu con que debemos abordarlos. Y nos animaría a ello. Por eso nos parece necesario que la Iglesia salvadoreña, jerarquía, parroquias, movimientos y comunidades, todas y todos en la Iglesia, vuelvan a Rutilio Grande.

Su palabra, como la palabra de Dios, es como una espada de dos filos que penetra en lo hondo del corazón y hace que nada quede oculto. Por eso hemos hablado de interpelación. Pero eso mismo es ya una buena noticia. No estamos huérfanos, tenemos referentes valiosos. Rutilio es alguien que nos interpela y que también nos anima. Puede poner a la Iglesia en la dirección correcta y desencadenar la fuerza para recorrer el camino. En definitiva, podemos quedar empapados de la esperanza que rezuman sus palabras. Y eso es una buena noticia. Pero no lo olvidemos. “Volvamos al Evangelio, volvamos al pobre pueblo”.

Introducción a la homilía del 6 de agosto, en catedral

Bajo signos inquietantes

La guerra inducida “del fútbol” contra Honduras, como toda guerra, no favoreció a nadie. Desarticuló el maltrecho mercado común centroamericano, y arrojó a El Salvador a doscientas mil bocas que alimentar y que acallar cuando protestaran por su situación. El “héroe de la guerra”, general y presidente Fidel Sánchez Hernández, poco pudo hacer con sus intentos, más por apagar el fuego de la inquietud social y la tentación de la violencia que por impartir justicia. El 6 de enero de 1970, se interrumpe el diálogo iniciado al final del año anterior en el Primer Congreso de Reforma Agraria, eterna asignatura pendiente del país. La Iglesia se hizo presente y uno de sus representantes en diálogo, el P. Chenchó Alas, fue secuestrado y apareció días después golpeado y drogado. Las elecciones para diputados y alcaldes, el 8 de marzo, intranquilizaban al gobierno porque la oposición se organizaba y estaba cobrando mucha fuerza. Un mínimo intento de reforma agraria –la ley de avenamiento y riego– levantó oposición desproporcionada.

La realidad convulsa e inquietante empieza a constituirse en toma de conciencia y posición más generalizadas. Las posturas ante esa irrupción de la conciencia las podemos resumir: (a) acallar a como dé lugar los signos inquietantes que se entreven adversos; (b) paliar los signos o quitar la fiebre con paños tibios, sin tocar la enfermedad que causa la fiebre; (c) buscar soluciones que vayan más a las causas, a la raíz de los problemas.

La Iglesia quiere despertar

La palabra de Rutilio en este discurso está más bajo el signo de la crisis interna de la Iglesia que de la sociedad, como será en los otros dos. Aún no había pasado su “segunda conversión”, de la que hablará en 1972, cuando va a llegar a Aguilares. En 1969, cuando se daba la guerra entre salvadoreños y hondureños, los obispos de América Latina habían puesto al día, para el subcontinente, el concilio Vaticano II con el primer viaje del Papa a Colombia, prólogo de la II Conferencia del CELAM (Conferencia Episcopal Latino Americana) en Medellín. Los jesuitas del continente, en 1969, asumieron las conclusiones pastorales de Medellín, sobre todo en lo relativo a la educación con la carta de Río del P. Arrupe (Superior General de los jesuitas). Los jesuitas de Centroamérica, como cuerpo, definen su línea entre desarrollo y liberación y diversifican su acción, demasiado restringida a la educación tradicional.

En 1970 los obispos centroamericanos, reunidos en La Antigua (Guatemala), quieren acelerar el paso y poner sus iglesias al día, de acuerdo al Vaticano II y las conclusiones de Medellín.

De ahí viene la Primera Semana Nacional Pastoral de El Salvador. Arriba apuntamos el conflicto que generó, descubriendo la crisis de letargo por la que atravesaba la Iglesia en El Salvador. Rutilio se metió en el ojo de la tormenta y como ningún otro trató de sacar de la misma crisis frutos de conversión y cambio para la Iglesia. Entre líneas de su homilía se descubren muchos de los problemas que se agitaron con la semana pastoral.

Por esos días, Rutilio se acercó a publicar en la prensa del país algunos artículos. También en ECA (Estudios Centroamericanos) publicó el artículo “Violencia y situación social”. Abrir los ojos a esta realidad era la llamada de Tilo.

Quizá por ello, los obispos de la capital se propusieron encomendarle esta homilía, que agudizaría también su crisis personal, y que lo llevó a buscar nuevos

Homilía en la solemnidad de la Transfiguración del Señor en catedral

San Salvador, 6 de agosto de 1970

¿Por qué estamos aquí?

Esta pregunta, dicha con humildad y sin ninguna pretensión, cae en estos momentos sobre esta numerosa asamblea del pueblo de Dios, reunida en esta catedral metropolitana de la ciudad capital de la república, y es extensiva a todos aquellos que están unidos con nosotros en espíritu, a través de la radio, desde el más humilde y apartado rincón de la patria.

Toda pregunta nos hace explicitar lo que sentimos. Nos lleva a una toma de conciencia, al hacernos interiorizar los hechos en los que nos vemos implicados, sea por nuestra libre elección, sea por otras circunstancias ambientales.

¿Por qué estamos aquí? He aquí la pregunta, cuya respuesta buscamos, con humildad y sinceridad. Múltiples respuestas se ofrecen a nuestra consideración. Esas respuestas posibles, analizadas aunque sea brevemente, nos llevarán de la mano a una purificación interior que todos deseamos, yo el primero.

“Estoy aquí por curiosidad”. Es una respuesta posible y en la que yo desearía que no estuviese comprendido ninguno de los aquí presentes. No merece la pena que nos detengamos a analizar esta respuesta. Si por mera curiosidad nos movemos en

asuntos tan importantes, ¡falta algo esencial en los estratos de nuestra personalidad, como ciudadanos y cristianos!

“Estoy aquí por mero convencionalismo”. Es otra respuesta también posible y en la que tampoco desearía que estuviera alguno o algunos comprendidos. Es paralela a la primera respuesta, o mejor, es un tanto más peyorativa que la primera.

“Estoy aquí porque la Misa de este día no me la pierdo ni tampoco la bajada del Divino Salvador, el 5 de agosto por la tarde. Esto y las procesiones de la semana santa, no me las pierdo. Lo demás me tiene sin cuidado. Aparezco de vez en cuando por la iglesia; pero no tengo ideas claras de lo que es en realidad el cristianismo y el evangelio de Jesús con respecto a mi propia vida, con respecto a mi patria y al mundo entero. ¡Todo esto me tiene sin cuidado!”.

Ya sé, queridos amigos y hermanos, que hay algo o mucho de caricatura en esta respuesta hipotética; pero no me negarán Ustedes que hay retazos de verdad en su formulación. Es una respuesta que responde a un cristianismo superficial, epidérmico, y sin consecuencias para la vida del individuo y de la sociedad en que vive. Mejor dicho, eso no es cristianismo, es la caricatura del cristianismo su desfiguración. Esas posturas no nos llevan a ninguna parte, sino a deshonorar a la Iglesia y al evangelio, que, como dijo Jesús, es “fuego sagrado”¹, una llama ardiente y existencia plasmada en la vida. De ninguna manera quisiera que en estas respuestas posibles estuvieran comprendidos los aquí presentes.

Y pasemos a analizar una última respuesta en la que deseo ardientemente estén comprendidos todos los aquí presentes y cuantos están unidos a nosotros en espíritu a través del ancho campo de nuestra querida Patria.

“Estoy aquí llevado de mi fe personal, sincera, consciente y profunda en Cristo, Dios-Hombre, salvador de la humanidad, ya que he sido bautizado en su nombre y tengo plena consciencia de que El es para mí ‘el camino, la verdad y la vida’², para mi propia transfiguración como individuo, para la transfiguración de mi país y la del mundo entero. Soy consciente y estoy orgulloso de pertenecer a la Iglesia católica por mi bautismo, porque sé lo que ella significa para mi propia persona y para la construcción de un mundo mejor. Y por eso estoy aquí este día: para reafirmar mi fe personal y para expresarla comunitariamente en sentido de Iglesia, en

¹Lc 12, 49.

²Jn 14, 6.

esta reunión solemne de todos los bautizados, con ocasión de la festividad titular de nuestra república”.

¡Dichosos de nosotros si tenemos en nuestros labios, y de un modo especial, en nuestro corazón, esta respuesta de un auténtico cristiano! Y dichosos más todavía, si no solamente la formulamos con los labios, sino que la vivimos con plenitud hasta sus últimas consecuencias. Entonces sí seremos, como cristianos y seguidores de Cristo, luz del mundo, sal de la tierra, y levadura de transformación para toda la humanidad, en medio de la cual avanza la Iglesia, “íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia”³.

Jesús hizo en su tiempo una pregunta semejante a la que hemos formulado, tratando de llevar a la multitud que le escuchaba a una interiorización y a una toma de conciencia con respecto a Juan Bautista y su mensaje. “¿Qué salisteis a ver en el desierto?”, preguntó Jesús a la multitud con fuerte voz. “¿Una caña agitada por el viento o a un hombre vestido afeminadamente”⁴.

Ni Juan Bautista ni un cristiano es en la mente de Jesús una caña frágil agitada por el viento ni un hombre muelle. ¡Ser cristiano es poseer una contextura mental e ideológica que responda fielmente a todos los postulados del Evangelio y una vida concorde con las exigencias de esos postulados hasta sus últimas consecuencias!

* * *

Siempre es un acontecimiento para todos los cristianos el reunirnos para **compartir el pan de la Palabra de Dios y el Pan de la Eucaristía**. Al fin y al cabo, Dios es Luz, como nos dice san Juan en su primera carta, y no hay nada de oscuridad en El. Esa luz de Dios se nos comunica por su palabra, siempre antigua y siempre nueva, que viene a caer como semilla en nuestra inteligencia, para fecundarse en nuestro corazón con frutos de existencia cristiana.

Esta palabra de Dios que escuchamos siempre en la primera parte de toda misa, es la que valoriza nuestra existencia, es la que viene a caer en el surco de los acontecimientos de nuestra vida: unas veces alegre, otras veces tristes...

Esta palabra de Dios es una respuesta a los valores fundamentales de todo

³ Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, n.1.

⁴ Mt 11, 7ss.

hombre “que viene a este mundo”⁵, ya que sale al encuentro de la muerte y de la vida del hombre, de su felicidad o infelicidad, de su libertad o esclavitud, del trabajo, de la vocación del amor, de la verdad y del bien, del pecado, de su desarrollo integral.



Esta palabra de Dios se encarna nuevamente en cada eucaristía, en el cuerpo sacramentado de Cristo y en el cuerpo eclesial de Cristo, formado por todos los que se reúnen en su nombre. Estamos, pues, comiendo en estos momentos la palabra de Dios, tratamos de asimilarla con nuestra inteligencia y con nuestro corazón, a fin de poder comer y masticar después fructuosamente la palabra

hecha pan de vida en la hostia.

Esto es lo que da sentido, vigor y dinamismo a nuestra existencia cristiana, situándonos en medio de los acontecimientos de la vida, con la brújula de la palabra de Dios en nuestra inteligencia y en nuestro corazón.

Esto es lo que nos hace capaces de una “revolución” netamente cristiana, purificando dicha palabra de todo sentido abusivo, peyorativo y exclusivo. Revolución cristiana basada en las esencias del Evangelio, cuya médula es el AMOR, y que no excluye a ningún hombre que viene a este mundo, ni por el color de la piel, ni por la posición social, ni por su grado de inteligencia, ni siquiera por el pecado que trata de remediar.

* * *

Si toda celebración de la Eucaristía es siempre un acontecimiento para todo cristiano, desde los tiempos del Señor Jesús, si la Palabra de Dios es Luz que viene

⁵ Jn 1, 9.

a nuestro encuentro para iluminar los hechos de nuestra vida, busquemos en las entrañas mismas de esta celebración, en la que nos encontramos sumergidos, **una respuesta adecuada a las exigencias de nuestra fe, como hijos de la Patria y de la Iglesia.**

Hoy de un modo particular la celebración de esta Eucaristía va revestida de una circunstancia muy especial de solemnidad. Aquí estamos todos cuantos creemos en el Señor, reunidos en su nombre, en la catedral metropolitana, en estos momentos corazón de la patria, centro de la convergencia de todos los hijos de este suelo sagrado. Preside esta solemne reunión el obispo y pastor de esa iglesia local de nuestra arquidiócesis, nuestro querido señor arzobispo, Excmo. Monseñor Luis Chávez y González. Es el testigo oficial de Cristo resucitado en medio de esa iglesia local, por la sucesión apostólica, y en comunión con el papa, sucesor de Pedro. Acompañan a nuestro obispo y pastor, los señores obispos de las otras diócesis particulares de nuestro país. Junto a nuestro obispo está también una corona de sacerdotes, sus presbíteros y colaboradores en el ministerio sagrado⁶.

Aquí están también, presidiendo a todo el pueblo de Dios, las autoridades supremas de la nación: los Excmos. Señores Presidentes de los tres poderes de nuestra república.

Y junto a sus autoridades civiles y religiosas, los miembros todos de la Iglesia, que son a la vez ciudadanos de la patria.

Estamos todos aquí reunidos junto al altar de DIOS, cuyo nombre va estampado, el primero, en la trilogía de nuestro pabellón. Y estamos unidos precisamente junto al altar en la celebración de la eucaristía, ya que en la celebración de la eucaristía en el altar se entrecruzan las líneas maestras y esenciales del cristianismo.

Estamos aquí congregados, formando la UNION de la familia salvadoreña, según reza la segunda palabra de nuestro pabellón.

Y estamos junto al altar de Dios, unidos fraternalmente, apiñados en torno a Alguien, que precisamente en el altar y en la eucaristía es nuestro mediador supremo ante Dios, la Palabra misma de Dios hecha carne, y nuestro libertador máximo, JESUCRISTO, salvador del Mundo.

⁶ Cfr. Constitución sobre la Sagrada Liturgia, n. 41.

Jesucristo es nuestro mediador ante Dios. Precisamente para hacer de puente entre nosotros y Dios, tomó nuestra carne. Se metió de lleno en la humanidad, como un eslabón más en la cadena de los hombres. Se adentró profundamente en todas nuestras miserias, consecuencias del pecado: la fatiga, la angustia, la enfermedad. Y quiso identificarse tanto con la humanidad: el belemita Jesús quiso nacer en una cueva, sin albergue, y quiso ser reconocido como “el hijo del carpintero” de Nazaret⁷... No tenía en dónde reclinar su cabeza, mientras las zorras –decía él mismo– tienen sus madrigueras y las aves del cielo sus nidos calientes⁸... ¡Me lo imagino como uno de nuestros humildes campesinos!

Jesucristo es la palabra de Dios hecha carne. Si se hizo uno de nosotros fue para hablarnos en nuestro lenguaje y manifestarnos quién es Dios y qué es lo que Dios quiere de nosotros. Es el altavoz del Padre. Es el profeta por excelencia en su acepción etimológica griega, esto es, “el que habla en nombre de otro, en nombre de Dios”. Su evangelio es eso: la buena noticia de Dios para los hombres de todos los tiempos.

El evangelio del sumo profeta Jesús es claro y perentorio: es dulce y audaz a la vez; es suave y áspero, con la aspereza propia del Dios que sana por medio de ella; es miel y a la vez amargor para ciertas conciencias; es “bienaventuranza” en algunas de sus páginas; pero también es maldición tremenda, en otras páginas no menos verdaderas: “Apartaos de mí malditos, los que no vivisteis con amor”⁹, “raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira venidera?”¹⁰.

El sumo profeta Jesús, con su mensaje, entró de lleno en la vida de todos los hombres. Llevó su palabra por las calles y plazas, junto a los lagos, y hasta los montes. Se detuvo a hablar a los pobres y a los ricos, a los niños y a los intelectuales de su tiempo, habló con los bandidos y hasta con las mujeres públicas. Como profeta fiel de Dios anunció el bien y lo aprobó, usó de misericordia con todos, y cuando ésta no bastó, puso aspereza en sus palabras, abofeteó con ellas a los hipócritas que guardan las formas externas, mientras tienen el corazón lleno de maldad, denunciándolos como a “sepulcros blanqueados”¹¹. Se “rebeló” contra muchas cosas, personas y situaciones de su tiempo. Y no hay miedo en usar esta palabra “rebelarse” que va empleada en sentido netamente evangélico¹².

⁷ Lc 4, 22.

⁸ Lc 9, 58.

⁹ Mt 25, 41s.

¹⁰ Mt 3, 7ss.

¹¹ Mt 23, 27.

Tomó posturas críticas frente a los ricos sin conciencia y sin entraña, diciendo que difícilmente entrarán en el reino de los cielos si persisten en sus actitudes... En cambio recibió con bondad acogedora a los ricos, que como Zaqueo reconocieron sus errores, sus estafas y abusos de poder. Alabó a aquel comerciante que humildemente confesó sus pecados y prometió reparar el mal. Y no escatimó una frase de elogio cuando dijo: “Hoy ha entrado la salvación a esta casa”¹³. Mantuvo su amistad con ricos justos, como Nicodemo, José de Arimatea y Lázaro.

Jesucristo es nuestro libertador. Tanto se identificó con nosotros, tanto nos amó, nos dirá san Juan, que llegó al supremo grado de compromiso: ¡Fue a la muerte por nosotros!¹⁴. Dijo siempre la verdad y vivió siempre los postulados de la verdad que predicó. Es el prototipo del líder auténtico: Detectó la problemática de la humanidad, se metió de lleno en ella por la Encarnación, y aceptó el último reto: la muerte. ¡Fue crucificado!, decimos en el Credo. Y al expirar, mientras inclinaba su cabeza moribundo, exclamó en un triunfo de transfiguración: “Todo está consumado”¹⁵. Y en esos momentos todas las miradas de todos los hombres de todos los tiempos quedaron fijas en El. La muerte quedó destruida con su muerte, el pecado quedó aniquilado con su sangre, y el hombre subió al encuentro de Dios, sentándose a la derecha del padre. Quedó constituido nuevo Adán, prototipo de todos los hombres, “primogénito de toda la creación”¹⁶, en frase de San Pablo. ¡Surgió en el mundo un hombre nuevo cuyo arquetipo es Cristo!

Cristo Jesús no quedó colgado de un madero, como un fracasado. ¡No quedó para siempre encerrado en una tumba! Su vida y su muerte fue un paso para la transfiguración total de la resurrección. La transfiguración y la resurrección son equivalentes en la teología del evangelio y constituyen como el acontecimiento central del cristianismo.

* * *

¹² *Cfr.* Lc 18, 24; Mc 10, 23s; Mt 19, 23ss.

¹³ Lc 19, 9.

¹⁴ Jn 3, 16s.

¹⁵ Jn 19, 30.

¹⁶ Col 1, 18.

Precisamente este acontecimiento nos congrega siempre junto al altar, en la celebración de toda Eucaristía, y hoy muy particularmente en la Festividad titular de nuestra república.

Hasta nosotros llega Jesús, hasta este día del año 70 en pleno siglo XX, por medio de la Iglesia que él fundó. La Iglesia, es decir, la comunidad de los bautizados, es y debe ser en medio del mundo el sacramento del encuentro con Cristo. He aquí el reto a todo bautizado en la Iglesia.

La comunidad de todos los bautizados ha de revivir paso a paso el misterio central de su líder máximo, Jesucristo, esto es, su muerte y resurrección, ya que “la comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre, y han recibido la buena nueva de salvación para comunicarla a todos”¹⁷.

“Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón”¹⁸.

He aquí, mis queridos amigos y hermanos, el reto que el mundo actual hace a la Iglesia de Cristo, el salvador del mundo. He aquí el reto que nuestra patria hace a la Iglesia, en este día solemne, en la festividad titular, de Aquél que está en el centro de nuestra fe cristiana, en el misterio de su transfiguración.

Todos nos confesamos bautizados, los hijos de esta nación. Son bautizados nuestros gobernantes, los ministros de estado, los intelectuales y profesionales, los empleados, los militares, los comerciantes; son bautizados nuestros campesinos todos, y somos bautizados antes que otra cosa ¡todos los sacerdotes, obispos, religiosas y religiosos!

El bautismo es un compromiso sagrado y exigente. No es ni debe ser en las filas de la Iglesia de Cristo un mero lavado convencional de la cabeza, un rito costumbrista, un mero hecho social sin trascendencia para el individuo y para la sociedad.

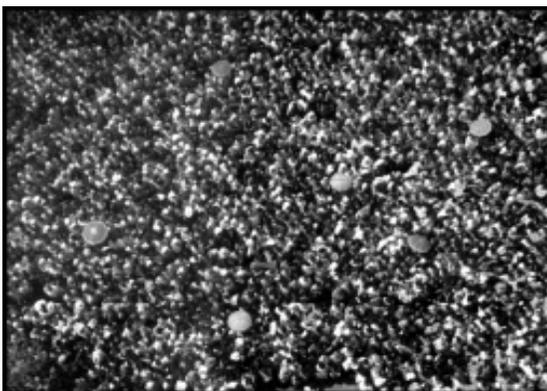
¹⁷ Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, n. 1.

¹⁸ *Ibíd.*, n. 1.

Ser bautizado es estar de lleno centrado en los cauces del evangelio. ¡Ser bautizado es aceptar el evangelio de Cristo hasta sus últimas consecuencias! Ser bautizado es entrar de lleno en un cambio de actitud mental frente a la vida, frente al mundo, frente a los valores, frente a Dios. “Cambien de actitud”¹⁹, era el slogan de Jesús, ya desde el comienzo de su vida pública, como mensajero de la Buena Nueva. Y todo seguidor de Jesús ha de estar en un continuo cambio de actitud mental, revisando a la luz del evangelio su vida propia, e interpretando bajo esa luz meridiana los signos de los tiempos.

Estamos acostumbrados a escuchar públicamente en ocasiones solemnes una serie de alabanzas a las bellezas naturales de nuestra querida nación: se alaban sus lagos encantadores, sus cafetales en flor, sus majestuosos volcanes...

¿Y qué decimos del hombre salvadoreño? ¿Qué diremos de todos los hijos de este suelo bendito, en donde todos nos confesamos bautizados en nombre de Cristo transfigurado? ¿Está transfigurado el hombre salvadoreño?



Parte de los asistentes a la Misa única.

Hemos dicho que Cristo es nuestro libertador. Es libertador de todo hombre y de todo el hombre, del hombre integral. El hombre no solamente es alma; si así fuera, dejaría de ser hombre. Ni tampoco es sólo cuerpo, porque así mismo dejaría de ser hombre. Es un compuesto integral, inseparable: alma y cuerpo. Y Cristo salvador vino a salvar a todo hombre, para transfigurarlo en todo sentido, en un hombre nuevo, auténticamente libre de toda situación de pecado y de miseria, capaz de autodeterminarse y de gozar de todas las prerrogativas de hijo de Dios, conquistadas por el triunfo de la resurrección de Cristo. Esta transfiguración del hombre, conquistada, pregonada y exigida por Cristo a sus seguidores tiene su punto de partida en el bautismo, compromiso sagrado de cada bautizado con Cristo resucitado.

¹⁹ Mc 1, 14s.

Volvemos a preguntar, ¿está transfigurado el hombre salvadoreño? ¿Está transfigurada esa inmensa mayoría del pueblo salvadoreño, que la forma nuestro campesinado? ¿Está transfigurada esa otra minoría que tiene en sus manos los medios económicos, el poder de decisión, el control de la prensa y de todos los medios de comunicación?

Hay que hacer dolorosas confesiones. ¡Muchos bautizados en nuestro país no han comulgado todavía los postulados del evangelio, que exigen una transfiguración, y por tanto, ellos mismos no están transfigurados en su mente y en su corazón y ponen un dique de egoísmo al mensaje de Jesús salvador, y a la voz exigente de los testigos oficiales de Cristo en medio de su Iglesia, el papa y los obispos!

¿Y qué decir del resto inmenso de nuestra población, la gran mayoría formada por todos nuestros campesinos? Esa gran mayoría, ¿está plenamente transfigurada, en esta tierra nuestra de bautizados?

Dice el Papa Pablo VI textualmente en su célebre Encíclica *Populorum Progressio* sobre el Desarrollo de los Pueblos, rubricada por Su Santidad precisamente en la fiesta máxima y central de la Iglesia, en el día de la resurrección del Señor, el 26 de marzo de 1967, es decir, ¡en la transfiguración total del Cristo de nuestra fe!

Dice el papa textualmente: “Los conflictos sociales se han ampliado hasta tomar las dimensiones del mundo. La viva inquietud que se ha apoderado de las clases pobres, en los países que se van industrializando, se apodera de aquéllas, en las que la economía es casi exclusivamente agraria: los campesinos adquieren ellos también la conciencia de **su miseria no merecida**. A esto se añade el escándalo de las disparidades hirientes, no solamente en el goce de los bienes, sino todavía más en el ejercicio del poder. Mientras que en algunas regiones **una minoría** goza de una civilización refinada, el resto de la población, pobre y dispersa, está “privada de casi todas las posibilidades de iniciativa personal y de responsabilidad, y aun muchas veces, viviendo en condiciones de vida y de trabajo, indignas de la persona humana”²⁰. ¡Hasta aquí las palabras del santo padre Pablo VI!

Esta célebre encíclica fue alabada públicamente poco después de su aparición, en su discurso inaugural de la presidencia, por el jefe de nuestra nación, quien nos honra con su presencia en este acto solemne, de la Iglesia y de la patria. Prome-

²⁰ Sobre la necesidad de promover el Desarrollo de los Pueblos, n. 9.

tió en aquella solemne ocasión inspirarse en este célebre documento, durante su mandato, y esto lo dijo cuando muchos centros internacionales del poder y del dinero se rasgaron las vestiduras con escándalo y con los consabidos mecanismos de autodefensa de los más oscuros intereses y del más refinado egoísmo humano.

El *Wall Street Journal* calificó este documento papal de “marxismo recalentado”. *El Time* de Nueva York opinó que se trataba de un viraje de la Iglesia católica hacia la izquierda. No nos extrañan estas reacciones en estos centros del más refinado materialismo que desde entonces a esta parte han declarado la guerra a muerte a la Iglesia, al papa y a sus ministros, a través de los poderosos medios de comunicación de ciertas agencias de prensa que dichos centros manejan a su antojo, y cuyas oleadas llegan hasta nuestros periódicos nacionales: solamente es noticia para dichas Agencias Publicitarias los casos aislados y negativos de la Universal Iglesia, extendida por el ancho mundo, con sus miles y miles de sacerdotes, religiosos y religiosas fieles a su vocación sagrada.

¡El Santo Padre con su encíclica echó sal sobre ciertas llagas tremendas de nuestra humanidad! ¡Esos centros del materialismo más refinado y algunas minorías de nuestro país en connivencia con aquéllos volverían a crucificar a Cristo si volviera a la tierra a anunciar su evangelio en este siglo XX de la civilización y de los viajes interplanetarios!

En cambio el secretario general de las Naciones Unidas dijo claramente y sin ambages en aquel organismo internacional que otorgaba “de todo corazón su apoyo a este documento papal, lleno de sabiduría” –son sus palabras textuales.

Y el director de la FAO expresó sin temor: “Si la FAO no existiera, la encíclica de Pablo VI podría servir de base para su justificación”.

El Papa Pablo VI y su Iglesia, como Cristo, es signo de contradicción. Nosotros los bautizados en la Iglesia hemos de dar nuestro apoyo sincero, fiel y decidido a este documento papal que coincide plenamente con las esencias del más puro evangelio de Jesús, ¡salvador de todos los pueblos!

Puede estar plenamente seguro el Excmo. Señor Presidente de nuestra república aquí presente, y todo gobierno constituido, que en esta línea netamente evangélica, en esta línea del papa y de todos los obispos de la Iglesia universal, contará siempre con la colaboración de la Iglesia en nuestro país, a fin de conseguir todos juntos, **solidariamente**, la transfiguración total, íntegra y verdadera de todos y cada uno de los habitantes de este suelo sagrado, en el que hemos nacido, al que amamos, y

por cuyo bien todos nos hemos de afanar. ¡En esto coinciden plenamente nuestros más caros y entrañables ideales, como bautizados y como ciudadanos.

La Iglesia dentro de su esfera y el Gobierno en la suya propia, con el mutuo respeto dentro de sus ámbitos legítimos, han de colaborar **eficazmente, audazmente y urgentemente** a fin de propiciar “leyes justas, honestas y convenientes”, según lo exige la “soberanía” del pueblo en el artículo 1 de nuestra constitución. ¿Cuál es ese pueblo soberano? ¿La gran mayoría o la pequeña minoría? ¿Cuál de los dos grupos es el realmente alienado en esta nación?

La Iglesia y el gobierno han de colaborar **eficazmente, audazmente y urgentemente** para transfigurar al pueblo salvadoreño que vive en los valles, junto a los hermosos lagos, junto al río Lempa, a la orilla de los cafetales y cañales en flor, en las faldas de nuestros montes y volcanes, en los pueblitos y caseríos y en las grandes y explosivas concentraciones urbanas, y junto a los grandes latifundios.

¡Solamente entonces podremos llamarnos a plenitud y con orgullo hijos de esta Patria nuestra; solamente entonces podremos acercarnos todos, sin remordimientos, a los pies del Salvador del Mundo, Patrono de nuestra República!

Y solamente entonces, CRISTO SALVADOR TRANSFIGURADO, será realmente nuestro PATRONO, al estar transfigurados todos nosotros, los bautizados en su nombre, por haber sido fieles al mandato del Padre, según lo hemos escuchado en el Evangelio de este día: “ESTE ES MI HIJO MUY AMADO, ESCUCHAD Y PONED POR OBRA SU MENSAJE”²¹.

Solamente entonces, todos los hijos de esta Patria del Divino Salvador, rubricaremos nuevamente y con verdad plena, según lo proclamamos en nuestro himno nacional, la tercera palabra que ondea al viento en nuestra bandera: ¡LIBERTAD, plena, completa y definitiva para todos los hijos de Dios, los salvadoreños!

²¹ Mt 17, 5.

Introducción a las homilías del Festival del maíz y de Apopa

Rutilio Grande pronunció ambas homilías en el espacio de siete meses antes de su asesinato. El 15 de agosto de 1976, la primera, y el 13 de febrero de 1977, la segunda. Tratamos de ubicarlas en su contexto para captar mejor y explicarnos –si puede ser explicable– el porqué pusieron a Rutilio el primero en la mira del asesinato de sacerdotes, que luego, hasta el 16 de noviembre de 1989, con los seis de la UCA, se multiplicarían hasta una docena y media, incluido Mons. Romero.

La situación del país

1976. Por vez primera El Salvador tiene déficit comercial regional y deterioro, en general, en el comercio exterior.

Elecciones a diputados y alcaldes el 14 de marzo, después del fraude patente de las elecciones para presidente de 1972, y a un año de las presidenciales. Los contendientes se reducían al partido oficialista, PCN (Partido de Conciliación Nacional) y la unión de oposición, UNO (Unión Nacional Opositora). Esta retirará sus candidatos poco antes de estas elecciones.

Alan Riding, corresponsal del Financial Times, de Londres, publicaba en México un artículo con el título elocuente: “El Salvador, el país de la sonrisa y también del rictus”. Le precedió otro del mismo autor con una entrevista a Rutilio sobre “La situación de miseria del campesino en El Salvador”.

Descontento popular y conflicto entre grupos de poder y el presidente, coronel Molina, por la creación del ISTA (Instituto Salvadoreño de Transformación Agraria). Rumores de golpe militar, sobre todo por la fuerza que iban tomando los grupos progresistas y la organización popular, que favorecía a la UNO. Ola de atentados contra objetivos gobiernistas; se los atribuye el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), que, junto con otros grupos clandestinos armados, hacen su irrupción en la escena nacional.

La reforma no recibe el apoyo popular esperado y sí oposición frontal de la oligarquía, de las asociaciones de agricultores y ganaderos, representadas en la ANEP (Asociación Nacional de la Empresa Privada). Rutilio hará referencia a ésta. Tras una polémica de tres meses, tenaz, áspera y violenta como nunca, el presidente Molina no sólo se ve forzado a “descafeinar el proyecto, sino que ‘dará muchos pasos atrás’”. ECA (Estudios Centroamericanos), que apoyó la reforma, lo fustigarán en su editorial: “A sus órdenes, mi capital”. Le costará el subsidio del gobierno a la UCA, por una parte, y un año de bombas –al menos seis atentados– a sus instalaciones y en especial a las de la revista, de parte de la derecha resentida.

La terca presión empresarial, la amenaza y la fuga de capitales y la campaña para elección presidencial en plena efervescencia, hicieron dar “marcha atrás” a las tibias medidas reformistas. Estas habrían atraído algún voto popular, pero consiguieron lo contrario: enervar la situación, ya agitada en exceso, y que las organizaciones repudiaran las mismas elecciones.

En el último trimestre del año, la espiral de la violencia se había desatado y el pueblo consciente había perdido toda esperanza en las elecciones y en cualquier medida y solución por la vía legal. Todo signo de malestar, descontento o reclamo popular tiene, por respuesta, represión descarada. El secuestro, la extorsión, el asesinato, expulsiones del país se multiplican a plena luz del día. La polarización se agudiza. Toda explicación al malestar social se reduce al manido recurso de “subversión, agitación e infiltración comunista”. Las medidas de facto de la espúrea ideología de la seguridad nacional se implementan sin rebozo.

La situación eclesial

La Iglesia –pueblo y jerarquía–, gracias a Dios, no quedó al margen de la efervescencia social.

A comienzos de 1976, se efectuó la semana arquidiocesana de pastoral, largamente preparada y con una participación de base como nunca. Rutilio fue uno

de los artífices y animadores de la misma y los laicos de su parroquia se pusieron en evidencia. De hecho, el crear comunidades y formar agentes de pastoral, que resultaría el objetivo de la misma, en buena parte, se inspiraba, a nivel rural, en la experiencia de Aguilares.

La parroquia de Guazapa, contigua a Aguilares, se encomendó también a la Compañía de Jesús. El equipo de Aguilares se duplicó con el jesuita encargado de la misma y con varias religiosas. El mismo método de “misiones”, refundido y adaptado, se aplicó intensivamente por espacio de tres meses en el campo y la población de Guazapa. Colaboraron sacerdotes y laicos, además de un buen número de religiosas que deseaban iniciarse en el método. Por todo el país se movilizaban experiencias análogas.

El triángulo oligarquía-gobierno-Iglesia se había superado como alianza institucional, y el trabajo pastoral más efectivo era visto con reticencia y sospecha, si no adversado y perseguido, por el gobierno, los cuerpos de seguridad y la oligarquía.

La vasta organización paramilitar ORDEN (Organización Democrática Nacionalista), las patrullas cantonales, brazos de los cuerpos de seguridad, actuaban con igual prepotencia y abuso que éstos. Tenían por objetivo “llamar al orden” a todo lo que creyeran opuesto al gobierno en lo social, lo político y hasta en lo religioso. Dividían y enfrentaban a las comunidades. Se erigían en árbitros, jueces y verdugos de lo que debía ser y hacerse hasta en el trabajo pastoral. Por supuesto, miraban como enemigos a los que no estaban con el partido oficial, con el gobierno y con los “señores de la tierra”. Vigilaban y perseguían toda reunión y llegaron a “tomarse templos” y a clausurarlos a su antojo. Rutilio, en su palabra, aludirá a la toma y cierre del templo de la cabecera de Chalatenango.

A la represión de catequistas, delegados y cristianos activos se une, al finalizar el año, la expulsión de religiosos y sacerdotes. Por desgracia la represión no se detuvo ante el crimen y el asesinato.

La situación dentro de la parroquia

Los cristianos de Aguilares, todo el año 1976, estaban ya en gran evidencia, tanto dentro como más allá de la parroquia.

FECCAS (Federación Cristiana de Campesinos Salvadoreños) tenía mucha base y, sobre todo, cuadros excelentes, que a la par eran los cristianos más responsables del proceso de evangelización, que se inició cuatro años antes en la misión de

sus comunidades. La misma situación del “campesino” –en su mayoría jornaleros sin tierra hizo que, al toparse con el evangelio en sus manos, se le abrieran los ojos y se movilizaran más allá de lo que podría sospecharse al iniciar la experiencia.

El proceso avanzó rápidamente. Al medio año de las misiones del campo se dan acciones que no podían ni soñarse unos meses antes. La convocatoria, toma de conciencia, participación, unión y responsabilización, al celebrar el año y medio, había superado la personalización que se pretendía, y tenía ya rasgos comunitarios bien definidos. Esa fue la conclusión más notoria del primer festival del maíz, a finales de julio de 1974. De ahí a la concientización, organización y movilización de la gente no distaba sino un paso. El segundo festival de 1975 lo venía a confirmar.

La organización tenía ya una autonomía que trascendía el cometido y contenido parroquial e iba mucho más allá de los límites de la parroquia. Al llegar a agosto de 1976, el tercer festival del maíz, al que pertenece la homilía de Rutilio que publicamos, la dimensión política era el perfil definitorio de la mayoría del campesinado que caminaba en el proceso de evangelización. La politización, la toma de decisiones socio-políticas y hasta la radicalización se apuntaban en los mejores y más valiosos. Signos de mesianismo y fanatización, tanto en lo político como en lo religioso, hacen su aparición.

Los mejor dispuestos en la misión evangelizadora, durante el año 1976, no se ciñen a los límites de su gente y comunidades parroquiales. Se mueven por el país y caen allí donde hallan campesinos receptivos. Sin contar, claro es, para nada con las respectivas parroquias. Habían asimilado un método, tenían mucha fe en él y lo usaban a conciencia, pero la situación misma provocaba excesivas prisas para que otros campesinos lo poseyeran y tomaran conciencia, de modo que fueran a desembocar en una de las organizaciones campesinas.

Para muchos de ellos pertenecer a la organización campesina era el modo concreto –en algunos, casi exclusivo– de vivir un cristianismo efectivo y comprometido.

– ¡Quieren ir a velocidad de jet por esos pedreros y no se dan cuenta que los campesinos andan a pie y descalzos!, advertía Rutilio a los más animosos, ante los reclamos y quejas que le llegaban por la “invasión de las huestes de Aguilares”.

Esto generaba tensiones, fricciones y pleitos hacia afuera y no menos hacia adentro de la parroquia. Los líderes más dispuestos cedían las tareas para las que los había elegido su comunidad a otros delegados “no tan agujas”, según Tilo, por

atender otros compromisos más allá de su propia comunidad y de la parroquia.

– Padre Tilo, este libro sólo es evangelio si lo llevamos a la práctica, a esa realidad y ¡no lo dejamos por las nubes!

– Mirá, Lupe, entiendo, así es; ésa es realmente nuestra misión de cristianos, contestaba Tilo a uno de sus delegados más estimado. Yo los admiro y no se lo voy a impedir, pero sin descuidar la raíz y lo primero en la propia comunidad. ¡Si no, vamos a perder el alma de todo el proceso!, frase que repitió mucho Tilo en sus dos últimos años.

Rutilio pensó que corrían demasiado y así aplanaban y avasallaban... Le preocupaba mucho y presentía que la represión a los campesinos iba a ser fatal e inevitable. Se cuidaba, sin embargo, que ésta su angustia no trascendiera en su palabra pública.

– Nos llevan a este trote, pero la realidad y los campesinos nos marcan el ritmo y no podemos dejarles solos, solía decir para disipar sus vacilaciones y dudas de excesivo mesianismo.

– ¡Cuidate, Ticha, recordá que tenés hijos...!, decía a una delegada ajuatosa, que se iba a una manifestación.

– ¡Cómo no lo voy a recordar, le respondía aquélla con desenfado. Y añadía seguidamente: Pero, ¿a qué afligirse, Padre Tilo? O ¿es que no seguimos al Jesús que se jugó la vida por los demás y por eso resucitó? ¿Usted y yo no decimos así? ¡Pues eso deben ir viendo los bichos en sus tatas!

Respuestas como éstas desarmaban a Tilo

– ¡Ay, mi Dios, con cristianos así no hay más que descubrirse, y alistarnos para lo que venga! ¿Cómo han podido decir que el evangelio de Jesús adormece al pueblo?

La tal Ticha, con Félix su esposo –parientes de Tilo, por cierto– junto con Chepe y Polín, de Aguilares, fueron asesinados juntos el mismo día por el ejército, cuando ya eran líderes campesinos con responsabilidades a nivel nacional. Unos días antes de su propia muerte, Mons. Romero lamentará –“he llorado”, son sus palabras– el asesinato de estos líderes campesinos a quienes él conocía personalmente..

Delante de todos ellos había marchado Rutilio Grande, como podemos apreciar en su profética palabra del festival del maíz en Aguilares y, apenas medio año después, en la manifestación de Apopa. Veintisiete días exactos antes de que lo asesinaran camino de su pueblo, El Paisnal.

Homilía en el tercer festival del maíz

15 de agosto de 1976

Animación de la eucaristía por el P. Rutilio Grande

1. Inicio-saludo

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo...

Nos hemos cruzado con la cruz del Señor nuestro cuerpo, como signo de historia, caminado detrás del Señor que está aquí colgado, símbolo de cómo murió por un compromiso del seguimiento de su misión al servicio de los hombres.

2. Reconciliación

¿Cómo va nuestra misión en cada comunidad? ¿Cómo va nuestra misión de servidores de los demás allá donde estamos en el cantón? Yo mismo me pregunto, y todos los que estamos trepados aquí arriba nos preguntamos, ¿cómo vamos en el servicio a los demás? Un examen sincero, pues, de cómo estamos siguiendo al Señor en la construcción de su Reino. Vamos, pues, humildemente a guardar unos segundos de silencio...

Las deudas que tenemos en la misa de todos los días en que batallamos por construir un reino en este mundo, un mundo mejor, un mundo en el que reine lo que vamos a compartir en esta Eucaristía y en la atolada de la Fiesta del Maíz;

hoy el día de María de la Asunción, día de la mujer campesina, Fiesta del Maíz en nuestra comunidad. Reconozcámonos, pues, pecadores porque tenemos fallos en el seguimiento del Señor.

Humildemente cantemos todos.

Mientras el coro canta la estrofa, todos en silencio, hasta que termine el coro, después gritamos todos al Señor, y nos arrepentimos pidiendo perdón a los hermanos y a Dios presente en ellos.

CORO: *Porque hay amor que se queda en palabras
Porque hay niños que están sin hogar...
Porque los hombres se matan y mienten,
Porque se ciegan y olvidan amar...*

PUEBLO: *¡Señor, ten piedad de nosotros, Señor, ten piedad de nosotros...!*

Si tenemos voluntad de cambio, si queremos levantarnos de nuestros egoísmos, de nuestras debilidades, de nuestros fracasos, de nuestras faltas de confianza o de debilidad en el seguimiento del Señor; si estamos, pues, con voluntad de cambio

Dios, nuestro Padre, tenga misericordia de nosotros...

3. Oremos todos

Y ahora, con toda la Iglesia universal, oramos.

– Oramos con todos nuestros cantones y caseríos...

– Oramos con las comunidades del campo y la ciudad...

– Oramos con toda la Iglesia universal que en todas partes se está poniendo ya en camino, en pequeñas comunidades...

– Oramos con los obispos que ayer fueron expulsados del Ecuador, Monseñor Proaño y los obispos fieles al Señor...

– Oramos con todos los perseguidos del país por el nombre del Evangelio...

– Oramos con todos aquellos que luchan por un mundo mejor.

En esta fiesta de la Mujer fiel a la Palabra del Señor, oremos: (oración cantada).

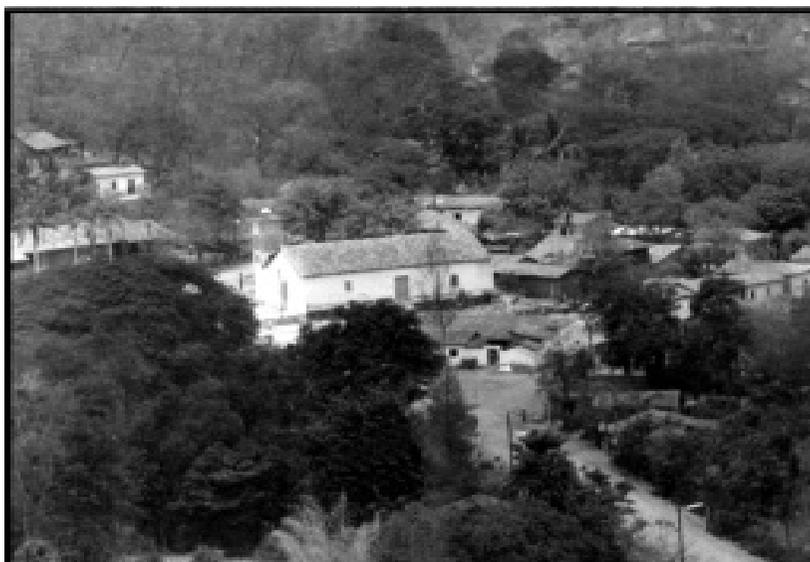
Nos sentamos para escuchar el canto que nos ayuda a comprender la Palabra de Dios.

CORO: *¡Tu Palabra me da vida... Tu Palabra es eterna!*

4. Proclamación del Evangelio

¡Proclamación de la Buena Nueva según san Lucas: capítulo 1, verso 39! En adelante lo hallarán

5. Homilía



Hermanos, la Palabra de Dios está servida abundantemente en este día en que celebra la Iglesia universal a esta mujer llamada María, a quien llamamos Madre de la Iglesia, porque humilde, porque servidora de los demás.

Y qué feliz coincidencia, en este día celebramos la Fiesta del Maíz. Y nosotros hemos querido celebrar a la mujer campesina, la quintaesencia de nuestro pueblo que es la gran mayoría campesina, y de esta ciudad donde mucha gente ha venido del campo a hacer sus cachas en el comercio, o en los tenderetes que tienen por ahí en el mercado.

Hoy, pues, día de la Virgen Madre, día de la Mujer campesina en nuestra comunidad, y en la Fiesta del Maíz, al celebrar la Eucaristía, está abierta la Palabra del Señor para que se le suelte la lengua a estos hermanos nuestros.

No pueden trepar todos aquí... ¿y cómo es que no está aquí ninguna mujer? Así es, no podemos trepar a todas las madrinas aquí. De suyo, son como veinticuatro; algunas han llegado tarde. Tal vez están por allá las pobres, perdidas, pero no pueden caber; además, en este país del machismo, hoy son los hombres los que quieren cantar a la mujer. Tal vez, pedir perdón, y en fin, enfocar la figura de la mujer en la vida de la Iglesia al servicio del mundo.

Oigamos, pues, a estos hermanos nuestros. Y en primer lugar a este hermano nuestro de una comunidad. Están tomados de comunidades de distintos puntos cardinales. Aquí están representados puños de comunidades del campo. Vamos, pues, a oír a este hermano nuestro. Entre estos hay algún hermano que ha dejado de ser capataz por el Evangelio. Prefirió dejar su cargo por el servicio del Señor, ¡verdad! Porque veía que no podía ser capataz y servidor de sus hermanos, de estos hermanos nuestros. ¡Hay quien eso ha tenido que hacer!

(Intervenciones de campesinos).

– Concluye el P. Grande

Queridos hermanos: no he querido alargar demasiado las cosas y apenas había pensado hablar, pero creo que es una ocasión tan grande del año ésta, que no puedo menos de concluir con estos hermanos nuestros que acaban de hablar.

Quiero decirles, además, unas cositas...

Significado del Magnificat

Siguiendo esta oración tan bella o este canto de María, que lo llamamos la Magnífica, y que venden allá en canastas, en unos folletos a la puerta de la Catedral o en las grande iglesias por ahí... probablemente en Chalatenango... Los que tienen cerradas las iglesias están vendiendo la Magnífica... ¡verdad!

Pero no se dan cuenta lo que es la Magnífica. La Magnífica es algo explosivo. Creen que es, por lo visto, para cuando “se le ha perdido la vaca a uno, entonces, reza la Magnífica”. Cuando tengo que ponerle un mal a la no sé qué mujer, que anda persiguiendo a mi hombre, voy a rezar la Magnífica... “Voy a comprar en la Catedral; dicen que allí la venden en un folleto”.

¡Pero, hombre no! Si la Magnífica es lo más terrible que hay. MAGNIFICA quiere decir en latín la oración por excelencia de María. Porque salió de sus labios, porque dijo ella, “engrandece mi alma al Señor”; es decir, que a aquella mujer trepada en la montaña se le soltó la lengua como se les ha soltado a nuestros hermanos del campo.

Y allá comenzó a decir esta bella oración, que ojalá no la ocupemos, como digo, para encantar serpientes, ni para cuando se nos pierde la vaca, ni para ponerle el hechizo a no sé quien, ni que vayamos a comprarla por ahí en unos folletos... Sino que está aquí en la ...(*muestra la Biblia*), en el Evangelio.

Historia y sentido actual de la MAGNIFICA

María, ya lo han dicho muy bonitamente los hermanos, es la servidora, porque cuando la Chabela dice que oyó la voz, al llegar allá a la casita de la prima, le quiso dar... ¡vamos!, “¿cómo es posible que la madre de mi Señor venga a verme?”. Y ya andaba buscando un anda para ir a pasear por el pueblo de Ain Karim, ¡verdad!

– Pero, ¡María...!

– ¡Ah, no, Chabela! Yo soy la servidora del Señor. De modo que todo lo grande que ha hecho en mí el poderoso es por aquel Señor.

Y comenzó aquella su oración bellísima.

“Mi alma alaba al Señor y mi corazón se alegra en Dios, mi salvador, porque

Dios ha tomado en cuenta a su pobre sierva, y desde ahora la gente de todos los tiempos me dirá feliz”.

Es decir, es la que ha sido elegida por los siglos como Reina, como la mujer bella y tipa. Porque no le irán a tomar medidas de cintura de avispa, ni ha comprado votos de esos que mercan por ahí, en las fiestas y allá en el hotel Sheraton. Y sigue...

“porque Dios ha tomado en cuenta a su pobre sierva y desde ahora la gente de todos los tiempos me dirá feliz, porque el Dios poderoso me ha hecho grandes cosas. Su nombre es Santo. Siempre tendrá misericordia de todos los que le tienen temor”.

¿Por qué? Porque hay gente por ahí, muy de gran colmillo, que no le tiene temor... ¡No le tienen temor a Dios!

“Obras poderosas ha hecho el Señor en mí”. ¡Ya lo comentamos...!

¿Y cuáles son éstos que no tienen temor de Dios? Los que han denunciado aquí a nuestro padre y nuestros hermanos; los que se levantan por la mañana persigán-dose: (haciendo como se santigua)



– ¡En el nombre del café, en el nombre del café y en el nombre del café...!

– ¡En el nombre de la caña, en el nombre de la caña y en el nombre de la caña!

Lo he dicho otras veces, pero hay que repetirlo hasta la saciedad. A los poderosos los hizo destrepar de sus puestos; a los autosuficientes, ¡porque tienen dioses aquí! Y a los humildes los levantó; los trepó a los humildes. A los que tenían hambre los llenó de bienes, y a los ricos de corazón perverso que no quieren atol para todos, sino para ellos nada más... Que quieren el gran guacalón para ellos, pero no quieren compartirlo con los hermanos en esta Eucaristía de la fraternidad... A esos bárbaros, ¿verdad?, dice:

“A los que tenían, a esos soberbios, los destrepó, a los ricos los dejó ir con las manos vacías”, por caínes, por crueles, porque son esos ingratos de la ANEP.

“Ayudó a la nación de Israel, su siervo. No olvidó tener compasión, según sus promesas, a nuestros padres, a Abraham y a su familia para siempre”.

María se quedó con la Chabela como tres meses y después regresó a su casa. Se quedó. Aquí no lo dice el Evangelio, pero hay que interpretarlo. Iba a tener un niño, estaba embarazada la Chabela, y María tenía que ir por la leña, ir por el agua, lavarles los trapos del viejo Zacarías y de la anciana Isabel. Allá se estuvo en vez de ser paseada por toda la comarca.

¡Miren bien quién es María, nuestra Madre, nuestro modelo en el caminar detrás del Señor en la Iglesia!

Felicitaciones a las comunidades

Y perdónenme, pues, que les felicite en la Eucaristía, por tantas cosas buenas. Felicitaciones a todos los hermanos, porque nos llegan noticias de todas partes, que la fe de muchos entre ustedes en sus comunidades, en la parroquia y en el país, no es vana.

La fe se expresa en acciones, según el lenguaje bíblico. ¡La fe no vale sin...! Hay un cantar por ahí, que dice “no basta rezar”. ¡Cuidado!, nosotros no hemos dicho que “no hay que rezar”. ¡No basta rezar! Así, pues, que la mera intelección, la mera comprensión, el mero entender la palabra no basta. La Palabra ahí es cómo se verifica, es decir, cómo se ve si es plata lo que tengo, en la acción, según la Biblia.

Así que ¡felicidades a todos, hermanos! Felicidades, porque el evangelio va estrechamente unido a la vida. Lo han bajado ustedes. Lo vamos a oír después en los cantares; lo hemos oído ya en el lenguaje de nuestros hermanos... Y lo oiremos también en la misa que seguirá allá en el tablado, en el cantar que anuncia y denuncia. Buenas noticias nos llegan, pues, y comentarios.

Nos alegramos, porque fue desde el comienzo nuestra preocupación en la misión inicial y sigue siéndolo en la misión que nunca termina.

La identidad del cristiano

Hermanos queridos, ésta es nuestra identidad: *cristianos somos si seguimos al Señor.*

Las motivaciones de Jesucristo son nuestras motivaciones profundas, las que El tuvo, los valores del Evangelio. Esas motivaciones internas que El tuvo, nosotros queremos tenerlas en nuestro caminar, aunque cuesta.

Cuando nos organizamos, cuando nos metemos en una organización del campo, esas motivaciones están siendo el motor de nuestro caminar por la parroquia y por las comunidades del país. Las motivaciones profundas del Evangelio: queremos un mundo nuevo. Todo lo que vaya saliendo como fruto de la obra global de esta parroquia debe llevar no solamente la etiqueta de cristiano, como una cobertura, sino ha de ser la raíz profunda de su validez y de su ser, es decir, de la obra global de la parroquia, de nuestra comunidad, del enjambre de comunidades del campo y de la ciudad. Ustedes, el que les habla y todos los que están aquí trepados, somos corresponsables. Por eso el mensaje del Corpus y de estas grandes fiestas, es: *¡Cristianos, la parroquia somos todos!*, no los adobes ni las paredes del templo. Todos somos corresponsables.

Puntos a insistir

Amigos míos, pues, les pido yo a todos ustedes: nada de descuidar, ni minimizar, ni despreciar en este proceso global lo que estamos haciendo a diversos niveles.

1) Los niños que van entrando en la comunidad eclesial, por el compromiso de sus padres. Ojalá que las charlas bautismales se tengan a cabalidad. ¿Para qué? Para

que los tatas vayan viendo qué es eso de seguir a Jesucristo, según el modelo que también la mujer, María, nos presenta en la Magnífica. Adelante con esas charlas bautismales, bien llevadas, bien filtradas. Y los delegados, bien agujas, estén al frente de esas cosas: la catequesis renovada de los niños.

Miren bien, en cualquier régimen que encuentren por ahí, verán cómo se pelean a los niños, porque son grabadoras tiernas, y hay que ir orientándolos según los modelos y valores del Evangelio, y eso es el compromiso de los papás.

No anden buscando a la niña Tancha.

– ¡A ver, la niña Tancha para que les enseñe el catecismo a los niños!

– ¡Usted, papá!, ¿para qué se comprometió al casarse con su Juana?

De modo que el modelo es esta mujer-madre, esta mujer de quien se enamoró Dios. Así que, la catequesis renovada.

2) Las Celebraciones de la palabra en la propia comunidad.

Es el eje y centro del dinamismo cristiano en cada cantón y caserío, y de todas las obras que se promuevan, incluida la organización, que no tendrán sentido para nosotros sin los valores cristianos. De modo que esto ha de ser la Celebración de la palabra de Dios en cada comunidad, en cada caserío... Allí quiero que pongan un verdadero interés.

¡Consecuencias que se siguen de esto!

– Tienen en cada comunidad importancia primordial, y debe apoyárselas y hacer todo lo posible para que estas Celebraciones de la palabra salgan bien.

– Participen todos aquellos que tengan voluntad de cambio y que tengan un corazón humilde y sincero para renovarse ellos mismos y renovar sus comunidades y el país, en una cadena de comunidades organizadas.

– Por lo tanto, otra segunda consecuencia es: ¡Cuidado!, hay que fortalecerlas, nunca desplazarlas, o sustituir las reuniones de la palabra de Dios, aunque se tengan otras reuniones también importantes.

– Ruego, pues, que los *delegados*, los *coordinadores* y *preparadores* de las

mismas sean realmente gente que ustedes elijan de lo mejor que tengan; durante un período permanente y prolongado; a quienes ustedes den su confianza para dinamizar todas las obras que de allí salgan, y que sean responsables ante la comunidad, como lo previmos en las misiones ya desde el principio.

– Ustedes eligieron gente para que estuviera durante un tiempo al frente de algo que es como la matriz de toda la obra global de la parroquia. Por lo tanto, amigos, no se puede jugar con cargos de elección comunitaria de la que depende la vitalidad de la Iglesia en cada caserío o cantón.



Habitación del P. Grande.

3) Yo les pido que se esfuercen por el estudio profundo de la Sagrada Escritura. Hay cursos aquí en la parroquia a los que se convoca: Sagrada Escritura en su proceso global de historia de salvación. No como los protestantes que toman de aquí y allí, pues, cositas aisladas. Esos fundamentalistas que andan allí peleando que si la Virgen tuvo ocho hijos o uno. ¡Qué me interesa a mí eso! O que si hay que comer gallina con sangre o sin sangre... ¡Qué le va eso, Señor!

¡No! La historia de Salvación de un pueblo que está en la Biblia y que es, al culminar en Jesús, normativo para nosotros. Con unos valores profundos en esta lucha que llevamos de construir una sociedad mejor, un país mejor, en estas celebraciones unidas a todo lo que va saliendo de bueno.

Esos estudios los promueven en la parroquia hermanos de ustedes: sacerdotes y hermanos seculares. Esos estudios van unidos a una reflexión profunda con situaciones reales del acontecer local y nacional del país, para poder actuar.

4) Respecto a los diversos carismas, yo les pido también un respeto. Tan importante son los músicos, como importante es el humilde campesino que trae las bancas y las coloca para la celebración, o la humilde campesina que aplaude las tortillas, en un aplauso a las obras de la parroquia. Importante también son los otros carismas que hemos enunciado.

Precauciones

Algunas tentaciones que yo veo como posibles en nuestra comunidad. Es decir, que vuelva a aflorar el caciquismo individual o grupal, contrarios al método misional que nosotros encomendamos y aprendimos juntamente con ustedes.

Esto sería “antidialógico”.

– ¿Qué quiere decir eso, padre?

– Romper el diálogo... Eso sería allanador.

Los humildes adoradores del Santísimo han dado, en su ancianidad, un ejemplo de cambio que yo admiro.

Yo estoy dispuesto a besarles los pies, porque siendo de edad avanzada han tolerado el trote de este avance del Evangelio con un corazón bien dispuesto e, incluso, se han acomodado a la renovación de la parroquia y han abandonado aquellas formas que tuvieron de allanar, algunas veces, sin quererlo.

Otra tentación que yo preveo es cierto fanatismo de entre los mejores que nos lleva a ser sectarios y dogmáticos. Triste ejemplo de algunas sectas protestantes.

Así, pues, en el alma nuestra está un catolicismo popular que no podemos despreciar así no más, sino que tenemos que purificar. Algunas veces, sencillamente lo tenemos que enrumbar y valorizar con el Evangelio.

La eucaristía, quintaesencia del cristianismo

Y entre todas las cosas, para ir terminando, la vivencia exterior de nuestra fe pasa en la Iglesia por la Eucaristía. Desde los comienzos de la Iglesia primitiva es la quintaesencia de nuestra fe comprometida como servicio al mundo. Es la celebración de la muerte y la resurrección del Señor.

No es tomar un pan como se toma un marquesote. Es un proceso que viene de la vida, atraviesa por estos signos exteriores y va a la vida.

Es un proceso que no se detiene aquí entre nosotros. Tan eucaristía es esto como la vida del cantón, como la vida en el trabajo en la tienda, como la lucha por los derechos humanos allí en el caminar de la parroquia. Tan eucaristía es esto como la organización bien llevada.

Pero los valores se vivencian y se manifiestan aquí sin ninguna vergüenza. Se proclaman los valores del Reino al levantar la copa y al levantar el pan de Alguien que en el seguimiento de esos valores quedó triturado.

Así, mis amigos, yo les digo que esto será el distintivo de aquellos que se vayan comprometiendo. Haber entendido la esencia de la eucaristía como quintaesencia de los valores cristianos: la vida, la muerte, la resurrección del Señor. Es decir, ese cambio profundo de morir a uno mismo y hacer salir lo nuevo que transforme la humanidad.

Consecuencia, amigos: nunca hemos dicho aquí: “no hace falta rezar”; sí hemos dicho: “no basta rezar”. Y así hemos dicho de la eucaristía.

No basta con venir aquí con ritos carentes de sentido, como si fuera a tomar un marquesote en la boca y salir por ahí a rezar la Magnífica para encontrar un buey. Eso es detestable, es una caricatura de la religión.

La vida es Eucaristía. Hemos dicho que todo eso está vinculando el Evangelio a la vida.

Conclusión

Yo quisiera, mis amigos, pues, que en estos momentos reflexionáramos sobre muchas cosas. Estamos a punto de hacer un paro en nuestro quehacer parroquial, a los cuatro años de haber llegado acá, y de haber entrado en un dinamismo. Un paro para una evaluación sincera en que nos ayudarán otros hermanos mayores, venidos de otras partes. Un paro para reflexionar, para ver qué es lo bueno que tenemos que seguir, qué cosas tenemos que evitar para que esta obra tan colosal que ustedes con la ayuda de Dios y con nuestro humilde servicio, pues, estamos tratando de llevar. Ojalá que esta Eucaristía y esta Fiesta nos hagan reflexionar.

Y con estos pensamientos, mis queridos hermanos, quisiera poner sobre el altar todo lo que ustedes traen de acción de gracias por estos cuatro años.

6. Ofertorio

Vamos a la procesión de ofrendas –las madrinas van a ir allá– y vamos a ir señalando todo lo que significa en nuestras vidas.

– El *Popol Vuh*, ¿qué será eso, padre...?

– Es la Biblia de los indígenas. Ellos también tenían su Biblia. Aquí vamos a leer un trozo –¡a ver, padre Chamba!– del *Popol Vuh*.

Habla el padre Chamba.

Escuchen un librito muy antiguo que escribieron por allá los mayas y los quichés, y que vivían nuestros indios paisnales y nuestros indios pipiles.

Dice así el trocito de aquella biblia de entonces:

“El gato de monte y el coyote, el chocoyo y el cuervo, éstos son los cuatro animales que dieron la noticia de las mazorcas amarillas y de las mazorcas blancas. Les dijeron que fueran a Patxil y les enseñaron el camino y así encontraron la comunidad. Esa fue su sangre. De ésta se hizo la sangre del hombre. Así entró el maíz en la formación del hombre por obra de los progenitores. Y de esta manera se llenaron de alegría, porque habían descubierto una hermosa tierra, llena de deleites. Abundante en mazorcas amarillas y mazorcas blancas; abundante en zapotes, anonas, jocotes, nances, matasanos y miel. Abundancia de sabrosos alimentos había

en aquella tierra de Patxil”.

– Sigue el P. Grande:

Esto es lo que venimos celebrando desde allá lejos. Vamos a ofrecer al Señor toda nuestra vida que hoy representamos en el Maíz, que es nuestra vida y nuestra sangre.

Presentación de ofrendas

(El *Popol Vuh*, orlado de tusas y plantas de maíz. Mazorcas elotes, atol y azúcar. Adornos hechos de la planta de maíz. Pan, vino y colecta)

– El Coro de Potrero Grande –*varios de sus miembros hoy asesinados*– canta:

*“Bendito seas, Señor, por este pan y este vino,
fruto de la tierra y el sudor del campesino”.*

– El pueblo responde cantando:

*“¡Bendito seas por siempre, Señor...
Bendito seas por siempre, Señor! (2)*

– El P. Grande Comenta:

Aquí vienen nuestras madrinas, que son servidoras en su comunidad y por eso son reinas. ¡*Por eso REINAS*, porque servidoras, por humildes!

Porque no tienen pena de echarse un tercio de leña a la cabeza, para servir a su Juan, su compañero que también está tareando. No tienen pena ni se avergüenzan de levantarse de madrugada y encienden su candil, como la mujer de la Biblia, para tortillar, y se oye el tortilleo en todo el cantón.

Estas mujercitas, pues, son verdaderamente reinas, porque madrinas, porque servidoras. Traen la Biblia de los indígenas que en definitiva es nuestro proceso. Por eso vive nuestra gente.

– Coro y pueblo cantan la misma aclamación anterior.

– Prosigue el P. Grande:

“¡Ay, padre, cuánto nos ha costado esta atolada!”. Pero, así es el pobre. Así es el humilde, de lo poco que tiene da para la atolada. Les vimos ayer bajar. ¡Pero si se les ha secado la milpa por la lluvia! Pero... ¡si no tienen sino un pedregal! ¡Eso no importa! Unidos en comunidad bajaron su maíz. Y eso lo vamos a gustar en la fraternidad compartida. Nada más nos piden ellos que les demos unos centavitos para pagar el azúcar que ellos sudan, pero que se ha trepado por la nubes como las demás cosas. Aun así comparten. Están anunciando valores, y están denunciando un mundo injusto que no les deja ni siquiera la rama de un conacaste como las chiltotas para vivir y cantar.

– Coro y pueblo cantan por tercera vez la aclamación.

– El P. Grande:

Hermanos, oren para que esto que ofrecemos sea agradable a El, que es nuestro Padre...

– Contesta el pueblo y el P. Grande retoma en oración semitonada:

Al presentarte, Señor, estas ofrendas, la humilde tortilla, hostias de nuestro pueblo; el maíz, sudor de nuestra gente en su proceso vital desde la siembra hasta la cosecha, desde el logro de un guatal, aunque sea en un pedredo, hasta traerlo a lomos propios, en cebadera o matata hasta el rancho...

Estos dones, Señor, ofrecidos junto al pan que eres Tú, Pan de Vida, queremos que sean para nosotros una provocación, un compromiso de seguimiento sincero en construir un mundo más humano, más fraterno en el que no abunden los caínes, tantos hermanos nuestros sin entrañas, ricos de corazón poderoso y autosuficiente, enemigos de Dios, porque enemigos de los hombres.

Que todo esto, Señor, al presentártelo por Jesucristo nuestro Señor, sea para nuestra salvación.

Te lo pedimos por El, que vive y reina hoy y siempre y por los siglos de los siglos.

Canta el coro: ¡Amén!

- El Señor esté siempre con ustedes!...
- Si está con ustedes, ¡Levanten cabeza, y el corazón!...
- Demos gracias al Señor...
- ¡Es lo cabal y lo justo que te demos gracias, Señor y Padre bueno...

Aguilares, 15 de agosto de 1976,
Tercer festival del maíz.

Homilía de Apopa

13 de febrero de 1977

Preámbulos y aclaraciones

Queridos hermanos y amigos:

La invitación se ha repartido por los valles, cantones y caseríos, por donde se escuchaba la voz, a través de las ondas, de nuestro querido Padre Bernal, con su clásico “¿de acuerdo?!” cuando manejaba la Biblia.

Quiero decirles, pues, que es una invitación que estaba dirigida a las comunidades cristianas parroquiales de Guazapa, Nejapa, Quezaltepeque, Opico, Ciudad Arce, Aguilares y Tacachico. Nuestro Vicario ha dicho que son las parroquias al Norte de la Libertad y de San Salvador.

Nos reunimos aquí de emergencia los sacerdotes, y tuvimos el acuerdo preciso de, junto con los fieles cristianos conscientes de nuestra parroquia, tener esta *manifestación de fe*. Bien claro les presentamos que nos reuníamos en la gasolinera y de allá íbamos a partir, ordenada, organizadamente, todos juntos, solidarios, confesando nuestra fe; para así concluir con la Eucaristía que es el compromiso más grande, y es el símbolo de lo que el Padre Mario Bernal predicó y defendió.

El símbolo de una mesa compartida, con el taburete para cada uno y con manteles largos para todos. El símbolo de la Creación, y para eso hace falta la Redención. ¡Ya está sellándose con el martirio!

Se dieron consignas concretas de disciplina. Toda hoja que se haya repartido no es de nuestra responsabilidad. El comunicado oficial de las comunidades cristianas se dará en esta misa, hacia la comunión. Toda otra hoja será buena o mala según su contenido. Pero no cae bajo la responsabilidad de nuestra Vicaría. Será buena o mala según su contenido.

Teníamos también previstas las cuatro paradas, en que cuatro hermanos iban a tomar la palabra de Dios para enfrentarla con la realidad, haciendo eco en la realidad misma de nuestro pueblo. ¡Estaba también previsto!

Introducción

Iglesia, institución de servicio

Ahora, mis queridos amigos y hermanos, permítanme, después de haber escuchado la Buena Noticia de la Palabra de Dios en el evangelio, en esta lectura, decirles estas cosas. Formamos parte de una Iglesia formada por seglares –la mayoría del Pueblo de Dios son ustedes. Y si estamos encaramados aquí nosotros en este graderío, no tiene razón de ser nuestro ministerio sino en función de ustedes. Ministro viene de “ministrar”, que quiere decir servir al pueblo de Dios. Desde el Papa, pasando por los Obispos, hasta el último cura de aldea, somos servidores en medio de la comunidad, que es el Pueblo de Dios.

La Iglesia es ciertamente una institución. Lo exige un mínimo de motivos razonables, siempre y cuando esta institución sea la portadora fiel de los valores del evangelio, en orden a dinamizar el mundo, fermentándolo, como se fermenta la masa del pan con levadura, reactivándola.

Encarnada en la fragilidad de la historia

La Iglesia no debe ser un museo de tradiciones muertas, de enterradores. Se extiende por todas las naciones, las lenguas, las razas y las culturas diversificadas del mundo, en historias concretas que viven los pueblos. No estamos hablando en Japón, sino aquí en nuestro país, y la Palabra de Dios debe encarnarse en el país.

Somos conscientes de nuestra fragilidad, de nuestros pecados y traiciones en el camino largo de la historia. Somos una corporación humana, el elemento humano

de la Iglesia a nivel de seglares, a nivel de dirigentes, sacerdotes, y obispos y papas. Hemos confesado nuestras culpas, y es la exigencia cotidiana de la conversión personal y grupal de la Iglesia. El Papa ha dado ejemplo en varias ocasiones de esto. Al llegar a Jerusalén se echó por los sucios suelos y reconoció que es su culpa y la culpa de la Iglesia en muchos pecados que el mundo padece. El Papa es un hombre débil y pecador, nosotros somos débiles y pecadores. Lo han dicho en una lectura, en la primera parada: ¿¡A dónde iremos a anunciar lo que el Señor nos da, si somos pobres!?

Conclusión. No estamos aquí, en Apopa, esta mañana, cantidad de comunidades parroquiales, aquí representadas, como una secta desintegrada de la Iglesia, ni de la Iglesia local ni de la Iglesia Universal. Nos sentimos parte de esa Iglesia a la que amamos, y queremos siempre ver renovada por la fuerza del Espíritu Santo, en medio de sus debilidades, que las tiene; en medio del mal, en medio de la problemática del mundo. La queremos, no solamente con las exigencias de lo que debe ser la Iglesia, sino tal como es, necesitada de continua conversión.

Primera parte. Igualdad de los hijos de Dios

Mis queridos amigos, antes de llegar al caso central que nos ocupa en esta Eucaristía, permítanme un segundo paso en la reflexión. Aquí el Padre nos ha leído el Evangelio...

El Evangelio que acabamos de escuchar es transparente y limpio como el agua que baja de la montaña. ¡Sólo los ciegos no pueden entenderlo!

Jesús era un caminante peregrino entre el pueblo. Recorría pueblos y aldeas. Enseñaba en cada caserío, en cada lugar, en cada cruce de camino, la Buena Nueva del Reino de Dios. Y ¿cuáles son las líneas maestras de ese Reino de Dios, de su mensaje primero? Son bien definidas, son bien claras, son bien precisas. ¡Hace falta maldad, hace falta ceguera para no entenderlas!

Un Padre común tenemos todos los hombres. Luego todos somos hijos de tal Padre, aunque hayamos nacido del vientre de distintas madres aquí en la tierra. Luego todos los hombres, evidentemente, somos hermanos. ¡Todos por igual unos de otros! Pero Caín es un aborto en el Plan de Dios, y existen grupos de caínes. También es una negación del Reino de Dios. Aquí en el país existen grupos de caínes y que invocan a Dios, que es lo peor.

Dios, el Señor, en su plan para nosotros, nos dio un mundo material. Como esta misa material, con el pan material y con la copa material que elevaremos en el brindis de Cristo, el Señor. Un mundo material para todos sin fronteras. Así lo dice el Génesis.

– ¡No es cuestión que diga yo!: “Yo compré la mitad de El Salvador con mi dinero, luego tengo derecho y no hay derecho para discutir!”. Es un derecho comprado, porque tengo derecho a comprar la mitad de El Salvador. ¡Es una negación de Dios! ¡No hay ningún derecho que valga ante las mayorías!

Luego el mundo material es para todos, sin fronteras. Luego una mesa común con manteles largos para todos, como esta Eucaristía. Cada uno con su taburete. y que para todos llegue la mesa, el mantel y el “conqué”.

Por algo Cristo quiso significar el Reino en una cena. Hablaba mucho de un banquete, de una cena. Y la celebró la víspera de su compromiso total. El, de 33 años, celebró una cena de despedida con los más íntimos. Y dijo que ése era el memorial grande de la Redención. Una mesa compartida en la hermandad, en la que todos tengan su puesto y su lugar.

El amor, ¡el Código del Reino! Es una sola palabra clave, que resume todos los códigos éticos de la humanidad, los sublima y los depara en Jesús. Es el amor de fraternidad compartida que rompe y echa abajo toda clase de barreras, prejuicios, y ha de superar el odio mismo. ¡Nosotros no estamos aquí por odio! Incluso a esos caínes, los amamos. Ellos son nuestros enemigos, –¡evidentemente no han entendido!

El cristiano no tiene enemigos. Son nuestros hermanos caínes. No odiamos a nadie. El amor, que es conflictivo y que exige en los creyentes y en la Iglesia como cuerpo, la *violencia moral*. No he dicho violencia física. ¡La violencia moral! –lo digo para la grabadora, porque vi a lo largo del camino grabadoras que no son de los fieles que oían al Padre Mario; son de los traidores de la Palabra de Dios... (*interrumpen aplausos*).

– ¡Mejor, no aplaudamos, así no vamos a terminar!

Amor que es conflictivo y que exige en los creyentes, y en la Iglesia como cuerpo, la violencia moral. Ya dije yo que no veníamos aquí con machetes. No es ésta nuestra violencia. La violencia está en la Palabra de Dios, que nos violenta a nosotros y que violenta a la sociedad, y que nos une y nos congrega, aunque nos

apaleen. Por lo tanto, el código se resume en una palabra, AMOR: contra el antimor, contra el pecado, contra la injusticia, contra la dominación de los hombres, contra la destrucción de la fraternidad.

El mensaje de Jesús no sólo es anuncio y denuncia del Reino y del antirreino. Dice el evangelio que hemos escuchado palabra por palabra: “al ver a la gente sintió compasión de ellos, porque estaban afligidos y desalentados, como ovejas sin pastor”.

Pone a disposición de la gente, además de su palabra profética –“nadie ha hablado como este hombre”–, toda la capacidad de su persona, sus caminatas, sus cualidades y talentos, su poder de taumaturgo: “Sanaba toda clase de enfermedades y dolencias”, dijo el lector de la Palabra de Dios.



Quiere decir que el Señor no pasaba indiferente ante el dolor humano. ¡De ninguna manera! El Señor daba el pan, multiplicaba el pan. Es decir, su palabra era acción, como en la Biblia se entiende: La palabra es acción. El mismo es la Palabra del Padre, es acción. No se detuvo en el camino nunca.

Amigos míos. Como Cuerpo Eclesial, la Iglesia y cada uno de los que la componemos –como han dicho los hermanos que han predicado con verdad en el trayecto de la procesión que hemos tenido–, somos profetas. Como cuerpo eclesial somos continuadores de la misión de Jesucristo. Este cuerpo que es la Iglesia, y que abarca comunidades enteras, tiene la misión, es decir como tarea, anunciar y hacer posible un ambiente favorable al Reino de Dios aquí, en este mundo. Hay que encarnar los valores del Reino en las realidades de nuestro país para transformarlo eficazmente, como la levadura transforma la masa.

Las características de la misión, ya nos las dijo muy bien un hermano nuestro al comienzo, al arranque de la procesión. Es exigente: “Yo te envío”. Y lo dice a la Iglesia y nos lo dice a cada uno de nosotros: “¡Andá y dile al pueblo!”. Y el pueblo está compuesto de diversos grupos. ¡Y el profeta tiene que enfrentarse con la Palabra de Dios en la mano! Es un polo. Es la realidad divina.

El mensaje de Dios es como el termómetro y el péndulo para medir las realidades humanas, como una exigencia de estas realidades en las que estamos involucrados los distintos grupos que componen el país: los caínes y aquellos que están siendo abeles, es decir, martirizados; aquellos que están siendo esclavizados. Tenemos, pues, todos, la misión profética.

Segunda parte. El riesgo de vivir el Evangelio

Pero, ¿qué hecho nos congrega este día? ¿Por qué estamos en Apopa asoleándonos? ¡Ustedes, hermanos, nosotros estamos muy cómodos aquí en la sombra!

El hecho que hoy nos congrega en Apopa, de todos los rincones de la Vicaría, e incluso de otras comunidades de fuera de las fronteras de nuestra Vicaría, es el caso del padre Mario. Es un acontecimiento eclesial. La Iglesia no se puede quedar callada. No puede quedar al margen de este hecho. Nos sentimos afectados.

Lo oímos en el pueblo: ¿qué van a hacer ustedes? La gente sencilla, las gentes humildes nos decían allá por los cantones –son los que oían al padre Mario a través de los aires– “¿qué van a hacer?!”.

¡Pues aquí estamos! Por lo menos para dar este símbolo de protesta oficial de la Iglesia, de nuestras comunidades, de esta parte de la Iglesia de la Arquidiócesis. Era sacerdote de la Iglesia local de San Salvador y concretamente aquí, párroco de Apopa, como una misión de parte de la Iglesia dentro de esta comunidad.

Sorpresivamente ha sido expulsado con violencia moral de hechos precipitados en cadena, sin acusación probada en juicio, y sin oportunidad de defenderse. Contra todos los derechos humanos de todas las naciones civilizadas de la tierra. Y lamento que en mi tierra esto ocurra. Si ha cometido el padre Mario un hecho delictivo, pues que se le juzgue y que se nos diga públicamente el veredicto. Incluso a Jesús de Nazaret se le hizo un juicio amañado y público en la noche del jueves y viernes santo. Esto ni siquiera se le ha permitido al pobre padre Mario.

– ¡Me dicen que era un extranjero! ¡¿Qué el padre Mario era extranjero?! Ciertamente, y de América Latina. Yo me pregunto si en la América Latina, descubierta por Colón, y en la que estamos todos amasados de café con leche y sangre de la misma forma, somos extranjeros! ¿Es que somos extranjeros en alguna parte?

– De Colombia... ¡Mucho hablar de la hispanidad el 12 de octubre, levantar banderitas muchos niños aplaudiendo con sus maestras! El día de la hispanidad, el día de América Latina... ¡¿Qué es eso...?!

¡Extranjero él! ¡Pero no es éste el problema!

Está en juego la cuestión fundamental de ser cristiano hoy día, y ser sacerdote hoy día en nuestro país y en el continente que está sufriendo la hora del martirio. Ser o no ser fiel a la misión de Jesús en medio de este mundo concreto que nos ha tocado vivir en este país. Si se es en el país un pobre sacerdote o un pobre catequista de nuestra comunidad, se le calumniará, se le amenazará, se le sacará de noche en secreto, y es posible que le pongan una bomba. ¡Ya ha pasado! Y si es extranjero lo sacarán. ¡Ya han sacado a muchos extranjeros! Pero la cuestión fundamental permanece en pie.

¡Es peligroso ser cristiano en nuestro medio! ¡Es peligroso ser verdaderamente católico! Prácticamente es ilegal ser cristiano auténtico en nuestro medio, en nuestro país. Porque necesariamente el mundo que nos rodea está fundado radicalmente en un *desorden* establecido, ante el cual la mera proclamación del Evangelio es subversiva. ¡Y así tiene que ser, no puede ser de otra manera! ¡Nos encadena un *desorden, no un orden!*

Prácticamente el sacerdote y el simple cristiano que ponen en práctica su fe, según las sencillas y simples líneas maestras del mensaje de Jesús, por fidelidad ha de vivir entre dos polos exigentes: la Palabra de Dios revelada y el Pueblo. El de siempre, el de las grandes mayorías, el del margen del camino, el enfermo que clama, el esclavizado, el que está al margen de la cultura –60 por ciento de anal-fabetos–, el que tiene mil alienaciones, el que vive en un sistema feudal de hace siglos.

En ciertos lugares de nuestro país no son dueños de la tierra ni de la vida. Tienen que treparse a los conacastes –ni éstos son de ellos, ¡ni los conacastes! Las chiltotas pueden volar y estar trepadas y poner los nidos trepadas allá en las ramas.

El pobre salvadoreño es esclavo de esta tierra, que es del Señor, según la Biblia. ¡Que este hombre es pobre! Las estadísticas de nuestro pequeño país son pavorosas.

Ya dijimos que también existe en el país, en este país, una falsa democracia nominalista. Mucho se habla, la boca se llena de “democracia”. ¡El poder del pueblo es el poder de una minoría, no del pueblo! ¡No nos engañemos!

Las estadísticas de nuestro pequeño país son pavorosas a nivel de salud, a nivel de cultura, a nivel de criminalidad, a nivel de subsistencia de las mayorías, a nivel de tenencia de la tierra. Todo lo arropamos con una falsa hipocresía y con obras suntuosas.

¡Ay de ustedes, hipócritas, que del diente al labio se hacen llamar católicos y por dentro son inmundicia de maldad! ¡Son caínes y crucifican al Señor cuando camina con el nombre de Manuel, con el nombre de Luis, con el nombre de Chabela, con el nombre del humilde trabajador del campo!

“Nuestro pueblo tiene hambre del Dios verdadero, y hambre de pan”, se dijo acertadamente en nuestra Semana Arquidiocesana de Pastoral. Y ninguna minoría privilegiada en nuestro país tiene, cristianamente, razón de ser en sí misma, sino en función de las grandes mayorías que conforman el pueblo salvadoreño.

Ni las minorías religiosas tenemos razón de ser, ni las élites conscientes de nuestro cristianismo, incluidos sus dirigentes seculares o ministros constituidos, ni las minorías que ostentan el poder político, económico o social. ¡No tienen razón de ser sino en función del pueblo!

Tercera parte. Perseguido, como Jesús de Nazaret

Volviendo al caso del padre Mario... Quienes lo conocimos, aquí en Apopa y en otros lugares, podemos decir que era un hombre bueno y sencillo. En nuestras reuniones sacerdotales de la Vicaría lo oíamos. Era claro y limpio como el mensaje de Jesús. Cumplió a cabalidad el ministerio de sacerdote con las limitaciones que el sacerdocio ministerial entraña en la Iglesia. No sobrepasó esas funciones. No fue guerrillero, no se puso al frente de ningún grupo político organizado.

Eso sí, dejó caer la Palabra del Señor, limpia y llanamente, con su acostumbrada cordialidad. Incluso sin altanería. Y trató de dinamizar, en su parroquia, los diversos grupos, con los valores del Evangelio.

Quiso que sus gentes de la parroquia no fueran simples seguidores de tradiciones muertas, meros enterradores de un año para otro, de imágenes esculpidas en madera, sino verdaderos adoradores del Dios vivo, y seguidores del Señor presente en cada uno de los hermanos que pasan por la calle de Apopa, del mercado, del trabajo, del bus, de la fábrica, de los cantones.

No quiso en plenas fiestas patronales del año que acaba de pasar... ¡No quiso él, como profeta, pero con dulzura y firmeza...! No quiso –digo– que a este templo parroquial, en plenas fiestas patronales, lo rodearan de puestos de pobres mujeres, traídas de allá con lazos, esclavizadas, y que ya lo tenían rodeado hasta por aquí.

El dijo: a Santa Catalina de Apopa no se le puede honrar de esta manera tan hipócrita y tan estúpida.

Si Jesús de Nazaret, hermanos, viera esas cosas diría: “esto es lo que hice yo”. El padre Mario también lo ha hecho.

Algunas constataciones ante el caso del padre Mario.

Mucho me temo, mis queridos hermanos y amigos, que muy pronto, la Biblia y el Evangelio no podrán entrar por nuestras fronteras. Nos llegarán las pastas nada más, porque todas sus páginas son subversivas. ¡Subversivas contra el pecado, naturalmente!

Me llama la atención la avalancha de sectas importadas y de slogans de libertad de culto, en este contexto, en que se andan pregonando por allí. ¡Libertad de culto, libertad de culto! ¡Libertad de culto para que nos traigan un dios falso! Libertad de culto para que nos traigan un dios que está en las nubes, sentado en una hamaca. Libertad de culto para que nos presenten a un Cristo que no es el verdadero Cristo. ¡Es falso y es grave!

Mucho me temo, hermanos, que si Jesús de Nazaret volviera, como en aquel tiempo, bajando de Galilea a Judea, es decir, desde Chalatenango a San Salvador, yo me atrevo a decir que no llegaría con sus prédicas y acciones, en este momento, hasta Apopa. Yo creo que lo detendrían allí, a la altura de Guazapa. Allí lo pondrían preso y a la cárcel con él... (*en ese momento sabotean la luz y se queda sin micrófono*).

¡No se aflijan...! Hay otra cosita por aquí para que la voz resuene hasta las montañas. (*Gran aplauso al proseguir con un megáfono*).

Entonces, hermanos queridos, ¡yo me temo que si Jesús entrara por la frontera, allá por Chalatenango, no lo dejarían pasar! Allí por Apopa lo detendrían. Quién sabe si llegaría a Apopa, ¿¡verdad!>? Mejor dicho, por Guazapa, ¡duro con él! Se lo llevarían a muchas Juntas Supremas por inconstitucional y subversivo.

Al hombre-Dios, al prototipo de hombre, lo acusarían de revoltoso, de judío extranjero, de enredador con ideas exóticas y extrañas, contrarias a la “democracia”, es decir, contrarias a la minoría. Ideas contrarias a Dios, porque lo son; son del clan de caínes.

Sin duda, hermanos, lo volverían a crucificar. ¡Y ojalá, que me libre Dios a mí, que también estaría, quizá, en la colada de los crucificadores! Sin duda, hermanos, que lo volveríamos a crucificar, porque preferimos un Cristo de los meros enterradores o sepultureros.



¡Muchos prefieren el Cristo de los meros enterradores o sepultureros! Un Cristo mudo y sin boca para pasearlo en andas por las calles. Un Cristo con bozal en la boca. Un Cristo fabricado a nuestro propio antojo y según nuestros mezquinos intereses.

¡Este no es el Cristo del evangelio! ¡Este no es el Cristo joven, de 33 años, que dio su vida por la causa más noble de la humanidad!

Hermanos míos, algunos quieren un dios de las nubes. No quieren a ese Jesús de Nazaret, que es escándalo para los judíos y locura para los paganos. Quieren un dios que no les

interrogue, que les deje tranquilos en su establecimiento y que no les diga estas tremendas palabras: “Caín, ¿qué has hecho de tu hermano Abel?”

No hay que quitar la vida a nadie. No hay que poner el pie en el pescuezo de ningún hombre, dominándolo, humillándolo. En el cristianismo hay que estar dispuesto a dar la propia vida en servicio por un orden justo, por salvar a los demás, por los valores del Evangelio.

Queridos hermanos. Si leyeron en la prensa, nuestro humilde Arzobispo –que deja ya dentro de poco de ser Arzobispo–, nuestro humilde Arzobispo, que como nosotros sacerdotes, tiene sus debilidades y faltas... Ayer mismo fue atacado duramente por un grupo de caínes que se llaman católicos, y ha sido llamado “comunista” públicamente por una minoría recalcitrante, a causa de sus sencillas Cartas Pastorales basadas en el Evangelio.

Han sido atacados públicamente en nuestros periódicos, con un descaro increíble, en los periódicos del país, los documentos de la Iglesia, tales como el Vaticano II, y al mismo Pablo VI a quien internacionalmente, en los círculos de las altas finanzas del Imperio: *Wall Street*... Allá, ¡por allá arriba...! ¡ya lo saben, ¿verdad?!

Se le condenó diciendo que defendía un “marxismo recalentado” en su encíclica famosa sobre el *Progreso de los Pueblos*. Es el escándalo de siempre, que acompaña el anuncio del Evangelio y, de un modo especial, a su práctica.

Mario Bernal. ¡ya estás lejos de nosotros! Nos hemos enterado de que te regresaron a Colombia desde Guatemala, ya que están en cadena los perseguidores en cada nación. Tu poder, padre Mario, fue el Evangelio y, al mismo tiempo, tu debilidad. Al igual que nosotros, nuestro poder no reside en las armas, ni en los ejércitos, ni en el G3, ni siquiera en legiones de ángeles, como dijo Jesús a Pilatos.

Mario, ¡has triunfado en tu debilidad! Y tus enemigos, que son los del Evangelio, han sido vencidos. Porque son irracionales, y por su irracionalidad quieren tapar el sol de la verdad, que no se puede tapar con un dedo ni con la fuerza bruta.

Tu voz, Mario, resonará en las quebradas, en los montes de nuestros cantones y caseríos. Tu destierro se viene a unir al martirio de la Iglesia en diversas naciones de la América Latina.

El año pasado un joven sacerdote, colombiano como tú, el padre Ivan, murió brutalmente asesinado con otro padre norteamericano y un grupo de campesinos

por un grupo de terratenientes en Olancho, Honduras. Y los sepultaron a 15 metros de profundidad en un pozo con un tractor.

No hace todavía muchos años, hace como 6 años, otro colombiano, el Padre Héctor Gallego fue capturado en la noche en su chocita, allá en Santa Fe de Veraguas, Panamá. Y ya nunca más se volvió a saber nada de él. Lo arrojaron al mar de noche. Ayudaba a los campesinos en una cooperativa, en una red de cooperativas. Y les ayudaba a poner en práctica el Evangelio en esa comunidad, de esas forma.

Los mismos de siempre, acaban de matar en Brasil a un padre salesiano y a un jesuita por defender a los indios. Y, en Paraguay, han sido desterrados por un dictador irracional varios sacerdotes. Y la lista continúa.

Y aquí, entre nosotros, la lista se engrandece con los que van siendo expulsados en nuestro país. Hace unos días, Ramírez, un hermano nuestro, Juan José Ramírez el nombre exacto, acaba de ser atropellado. Pero que ni lo expulsan, ¡porque están curándole las heridas! Por defender a los humildes y a los pobres.

Mario querido. El Papa Pablo al llegar a tu tierra, Colombia, que es también nuestra tierra, al descender del avión cayó de rodillas y la besó. Era el año 1968. Y habló desde aquella tu tierra de Colombia a todos los campesinos de América Latina, en el Día del Desarrollo, 23 de agosto de 1968. En la víspera en que se juntaron todos los obispos del continente para proclamar “la libertad de los hijos de Dios, de un modo especial de los oprimidos del continente”.

Estas son las palabras del papa, Mario, ¡que si las dijieran por aquí...! Tú mismo las dijiste en una u otra forma, y te echaron del país. El Papa se dirige a los campesinos con un lenguaje especial: (*lee una larga cita del papa*)

Os amamos con un afecto de predilección, y con nosotros, recordadlo bien, tenedlo siempre presente, os ama la santa madre Iglesia Católica, a pesar de sus pecados y debilidades. Porque conocemos las condiciones de vuestra existencia, condiciones de miseria para muchos de vosotros, a veces inferiores a la exigencia normal de la vida de un hombre.

Nos estáis ahora escuchando en silencio, queridos campesinos, pero oímos el grito que sube de vuestro sufrimiento y desde la mayor parte de la humanidad.

No podemos desinteresarnos de vosotros. Queremos ser solidarios de vuestra causa, que es la del pueblo humilde, la de la gente sencilla.

Sabemos que el desarrollo económico y social ha sido desigual en el gran continente de la América Latina, y que mientras ha favorecido a los que lo promovieron en un principio, ha descuidado la masas de las poblaciones nativas, casi siempre abandonadas a un innoble nivel de vida, y a veces tratadas y explotadas duramente.

Sabemos que hoy, hermanos campesinos, os percatáis de la inferioridad de vuestras condiciones sociales y culturales, y estáis impacientes por alcanzar una distribución más justa de los bienes y un mejor reconocimiento de la importancia que, por ser tan numerosos en el continente, merecéis, y del puesto que os toca en la sociedad.

Bien creemos que tenéis algún conocimiento de cómo la Iglesia Católica, a pesar de sus debilidades, ha defendido vuestra suerte; la han defendido los papas, nuestros antecesores, con sus encíclicas sociales; la ha defendido el Concilio Ecuménico, —compuesto de tres mil obispos— y Nos mismo, el Papa, hemos patrocinado vuestra causa en la Encíclica sobre el Progreso de los Pueblos.

Pero hoy, queridos campesinos —continúa el Papa—, el problema se ha agravado porque habéis tomado conciencia de vuestras necesidades y de vuestros sufrimientos y, como otros muchos en el mundo, no podéis tolerar, aguantar, que estas condiciones deban perdurar siempre sin ponerle solícito remedio!

¡Eso dice el Papa, padre Mario! Esto fue lo que dijiste por la radio. Esto dicen los documentos de la Iglesia, y esto está diciendo la Iglesia de El Salvador. Por desgracia esto no es lícito; esto no es legal.

Padre Mario. Estas comunidades, las de Apopa y el cinturón de comunidades cristianas de la Vicaría que nos rodean, y los hermanos que han venido, que han querido venir de otras partes de nuestro país, de la Iglesia local, vamos a celebrar esta Eucaristía, que es el ideal que sustentamos...

Manteles largos, mesa común para todos, taburetes para todos. ¡Y Cristo en medio! El, que no quitó la vida a nadie, sino que la ofreció por la más noble causa.

Esto que El dijo: ¡Levanten la copa en el brindis del amor por mí! Recordando mi memoria, comprometiéndose en la construcción del Reino! La construcción del

Reino, que es la fraternidad de una mesa compartida, la Eucaristía.

Ojalá, pues, que digamos: “**¡De acuerdo, Mario!**” Que ésta sea la consigna en esta Eucaristía como tú nos pedías en la radio cuando comentabas el Evangelio:

– ¿De acuerdo? ...¡De acuerdo!

– ¿Estamos, pues de acuerdo? (*pregunta levantando en la mano el Nuevo Testamento*)

– ¡De acuerdo! –corean todos levantando sus manos.

Bueno, y como estamos de acuerdo, recemos el Credo con nuestra Iglesia, que es un estar de acuerdo con el P. Mario, allá en Bogotá, donde lo tienen aventado... Y entremos en la onda del Espíritu Santo celebrando esta Eucaristía...

– ¡Creo en Dios, Padre...!

Apopa, 13 de febrero de 1977

* * *

Un mes después –el 12 de marzo–, Rutilio caía asesinado con dos campesinos camino de Aguilares a su pueblo, El Paisnal.



Don Manuel Solórzano

P. Rutilio Grande

Nelson Rutilio Lemus

